

DISCURSO

LEÍDO EN LA

REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS

DE BARCELONA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DE

D. LUIS COMENGE Y FERRER

EL DÍA 12 DE MAYO DE 1901



BARCELONA

TIPOGRAFÍA DE LA CASA PROVINCIAL DE CARIDAD

CALLE DE MONTEALEGRE, NÚMERO 5

1901

MEDICINA Y LETRAS



DISCURSO

LEÍDO EN LA

REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS

DE BARCELONA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DE

D. LUIS COMENGE Y FERRER

EL DÍA 12 DE MAYO DE 1901



BARCELONA

TIPOGRAFÍA DE LA CASA PROVINCIAL DE CARIDAD

CALLE DE MONTEALEGRE, NÚMERO 5

1901

Señores:

En medio del torbellino emocional en que mi espíritu está sumido, alcanzo y vislumbro la importancia de este acto solemne y juzgo por dichosa la ocasión y tengo por venturoso el día de mi ingreso en vuestra docta Academia, en la morada excelsa de las Buenas Letras, venerable institución consagrada á las manifestaciones más sublimes del humano pensamiento.

¡Feliz, yo, mil veces, que, sin méritos propios relevantes, exaltado por los vuestros, llego á este recinto por la sola eficacia de académica benevolencia y por la ascensión, merecida, á la dignidad episcopal, de un señor académico, dignísimo por virtuoso y sabio!

Habéisme elegido por compañero y vuestra decisión es, en mí, fuente de júbilo, manantial de satisfacciones purísimas é inefables, lo confieso; pero la forma de aquí traerme, en brazos de vuestra exquisita amabilidad, y el hermoso y levantado propósito á que obedece la distinción, que no es otro, á lo que entiendo, que el de estimular añejas aficiones á las que han de servir de incentivo y norte vuestros hábitos y enseñanzas, son tan cariñosos y delicados procedimientos que ellos halagan mi sér y hacen vuestra apología mejor que cien inspiradas oraciones.

Tan valiosa es la merced que de vosotros recibo y tan grande

la hornacina que os plugo destinarme, que no acierto á demostraros mi agradecimiento; á pesar de imperativas y repetidas órdenes, ni descenden palabras á los labios ni acuden frases á la pluma en consonancia con mi deseo. El entendimiento mio, deslumbrado por el favor, no halla modo de rendiros justo y respetuoso homenaje; pero el corazón, más atrevido y rústico, se adelanta y afirma que os vivirá siempre reconocido, empeñando como prenda, sus revoluciones orgánicas, hasta sus últimos latidos...

§ Y, pues, han sido las *Buenas Letras*, que deleitan el ánimo y le empujan á indefinible perfección, causa de que yo me siento á vuestro lado, de ellas quiero disertar en nombre de una ciencia venerable, á la que debo, aunque mínima, alguna significación.

A nadie extrañe esta ingerencia de la Medicina en asuntos literarios: estudia la luz el filósofo como emanación de una inteligencia y voluntad supremas; en ella busca el biólogo ingentes, benéficas y maravillosas influencias sobre los seres que pueblan la fauna y flora terrestres; el físico persigue el conocimiento de leyes y aplicaciones mecánicas sorprendentes; el terapeuta, su acción variada y salutífera en el cuerpo humano; el pintor brillantes armonías y artísticos efectos; el poeta bebe en su magnificencia y esplendor, inspiración, calor y belleza y, así, todos, sin estorbarse, nutren su mente y se sacian en idéntico raudal de vida y de belleza, convergiendo y encontrándose en un punto, en la convicción de que tantas galas, esplendor y calidades, surgen de la omnipotencia del Increado por cuya determinación es la luz impulso, encanto y alegría de los vivos, inflamado nimbo del universo, clara y soberana diadema de la creación, fluido sublime que lleva hasta los cóncavos misteriosos del organismo, la vida que alimenta al cuerpo y alumbra al espíritu, despertando sensaciones bellísimas, dichas inefables, levantados pensamientos...

Elijo, pues, un tema literario-médico, convencido de que el anchuroso, brillante y feracísimo predio de las *Buenas Letras* ofrece sobrada mies y gloria suficiente á cuantos á él acuden con liberales propósitos.

I

Intento disertar, durante breve lapso, acerca de la *fraternidad entre la Medicina y las Letras é indicar las constantes, íntimas relaciones que entre aquélla y éstas siempre existieron y deben subsistir.*

A una asamblea formada de sabios historiadores, elegantes prosistas, inspirados vates, mineros de las crónicas, zahoríes del pasado, paleógrafos expertos, filólogos eximios y, todos, mejor que amantes de las musas, cautivadores de sus gracias y dueños de sus encantos, sería impertinente traer asunto, cuestión ó problema que á vuestras aptitudes conciernen; ello equivaldría á verter agua en el río, llevar tomillos al monte ó encender luces al día.

§ Verdad es, de todos conocida y por la experiencia sancionada, que la Medicina mucho debe á todas las disciplinas por el humano ingenio cultivadas; la prestan ellas método, savia doctrinal, trazas sutiles y delicados artificios para sus investigaciones y progreso; las *letras* difunden adelantos y triunfos curativos, aumentan la autoridad de la institución y proporcionan á los doctores el arte sublime de expresar sus saberes en forma adecuada y gentil para llevar al corazón del paciente consuelo, resignación, confianza en el régimen, noción del poderío científico y aumentar con el suavísimo bálsamo de la persuasión, la virtud de las medicinas dirigidas á borrar ó dulcificar tribulaciones ó conflictos del organismo.

A su vez, y en correspondencia noble, la ciencia de Esculapio esparció sus luces y llevó su bienhechor influjo á todas ó casi todas las ciencias y artes, contribuyendo á su marcha y perfecciones (1).

(1) De la intervención dichosa y fecunda de los médicos en el progreso de las ciencias, hablen Aristóteles, Lull, Averroes, Servet, Cesalpino, Sthal, Barthez, Cabanis, Valles, G. Pereira, Huarte, Darwin... en filosofía; díganlo Galvani, revolucionando á la física con sus asombrosos experimentos; Mayer, calculando el equivalente mecánico del calor; Papin, ocasionando vapores en recintos cerrados y tratando de utilizar el aire comprimido para el arrastre de vehículos; Salvá, Ash y Soemmeving, trabajando la electricidad é iniciando la telegrafía; Dubois Reymond, despejando el horizonte de la electricidad animal; Abildegarr, describiendo el megaterio al mismo tiempo que

Toda puerta del saber debe, pues, franquearse á la Medicina, inextraña á todo conocimiento, ya que informa á las fundamentales ramas científicas que al hombre atañen; éste le pertenece y cae TODO bajo el dominio de su estudio vasto.

Si, como en vetustas edades, admitiéramos rangos en las ciencias, la médica ocuparía el primer lugar, por su noble cometido, por su imperio ilimitado, por ser escuela de caridad y de experiencia, por aspirar á la máxima perfección humana, ideal que la enaltece y la consagra.

Los divinos textos la ensalzaron; loáronla santos y doctos varones; admirada fué de los siglos, y honrada por los que la ejercieron imitando á Jesús, mérito supremo, este, que proclama la altitud y prestancias del arte de Hipócrates. Su categoría y su historia son, en suma, las de la filosofía y las del sacerdocio, á los que siempre, en substancia, estuvo unida; su gloria es la del total saber; su luz esplendorosa de las *letras* emana; en éstas y en aquél se afianza y á su perfección contribuye.

§ Perenne y copiosísimo raudal de emociones estéticas es la Medicina. ¿Hay algo más profundamente artístico que descubrir y quilatar las innumerables maravillas de la fábrica humana, la más bella de las obras de Dios; ni más hermoso que aliviar un dolor, devolver la paz al ánimo, mitigar fatal congoja, amansar la fiereza de los instintos y calmar las atriciones de la carne herida por tenaces y espantosos enemigos de infinita pequeñez, y por su número y pujanza infinitos?

¿Se concibe más hondo y exquisito deleite que devolver la luz á las cerradas pupilas y los sonos al oído para que el cielo con sus primores y armonías pueda llegar al entendimiento, y que éste goce de tanta dicha y conozca las maravillas de la creación?

¿Existe misión más placentera, caritativa y bella que vencer

Cuvier; Cesalpino, proporcionando el primer método de Botánica; Dombey, descubriendo la euclasa tan apreciada en joyería; Linneo, creando toda una ciencia, la Botánica; Olbers, descubriendo los planetas Pallas y Vesta; Wurtz, reformando la química orgánica; Borselli, sometiendo las contracciones musculares á leyes mecánicas; Alfonso de Córdoba, autor de las *tablas* astronómicas; Boucharlat, Dutrochet y Wells, enriqueciendo las ciencias fisico-químicas; Núñez y Abu Abdallah-Ebn-Alhacem, las matemáticas...; hasta exploradores atrevidos dió la Medicina, como lo comprueban Livingston, muriendo en Africa; Parck, recorriendo el Níger; Dieffembach, geólogo, descubridor de Nueva Zelanda; Finlayton, explorador de Siam y Cochinchina; Booker, compañero de Ross en el mar antártico; Richer fué en busca de la Perouse, Kane exploró tierras de Africa y la Groenlandia... sin contar los médicos y cirujanos que acompañaron en sus viajes y empresas á Cristóbal Colón, á Hernán Cortés y á Magallanes...

á la muerte, afirmar la salud vacilante, revelar la sutileza y perfección de mecanismos y de transmutaciones misteriosas y sorprendentes?

¿Acaso, entre los oficios de la humana actividad, hay alguno que eclipse, rinda ó supere al que pone á un sér en ideal contacto con Dios, con el universo y con sus semejantes, devolviendo la inteligencia al demente, el juicio al fatuo y la razón al obseso?....

Por tales bellezas y sublimidades, encuéntrase la Medicina en el círculo luminoso de la Estética, nutriéndose de las bellas letras y alimentando á la Literatura, doble corriente, comercio doble, que en la vida de los más famosos literatos y médicos señaló la historia.

§ Copiosa y áurea riqueza prestando viene la institución salutífera, al tesoro de las *Buenas Letras*: á éstas corresponden, --no obstante el fondo científico profesional,—obras, capítulos y descripciones de los más famosos tratadistas médicos, quienes revelaron sus aptitudes literarias y su amor intenso al *scribendi rectè*, legando á sus descendientes modelos de belleza literaria que aplaudir, trozos de elocuencia que imitar y diáfanos espejos en que distinguir su doctrina, carácter y saber, joyas y ornamentos de la ciencia, de las letras y de las crónicas.

¿Quién dudar puede de esta afirmación, recordando el sublime *juramento* del profesor coaco, padre de la Medicina y la manera de escribir de las lumbreras del arte hipocrática?

Por la forma de expresar las ideas, por el estilo, que es el pincel del entendimiento, inferimos hoy la cultura, la sensibilidad á lo bello, lo verdadero y lo bueno de escritores antiguos, su método ideológico, claridad mental, aficiones, creencias y temperamento...

Sentencioso, paternal, modesto y solemne es el estilo de Hipócrates; difuso, jactancioso, sutil y desmenuzador aparece Galeno; preciso, cristalino, elegante, veracísimo, Celso; exacto, conciso, varonil é insinuante es el modo literario de Areteo de Capadocia; tempestuoso, difamador, atropellado y desordenadamente pomposo, Paracelso; candoroso, disertado, elevado y profundo, Zimmermann; crédulo, fulgurante y satírico, Cardán; sincero, confiado, natural y justo, Harwey; brillante, erudito, y pulquérrimo, Cesalpino; fotógrafo antes que pintor, Sydenham; independiente, culto, piadoso y sagaz, Valles (el Divino); conceptuoso, erudito y trascendente, Averroes; escéptico y llano, sin vulgarida-

des, Sánchez; atildado, frío é incisivo, Laenec; rudo, inspirado y batallador, Brown; severo, grandioso y feracísimo, Haller; ameno y elegante, Petit; poético, rotundo y amplio, Trousseau; irritable aborascado y punzante, Silvio; gracioso, variado y encantador, Virey; más brillantes que sólidos, pero de gran fuerza dialéctica, Bichat y Pedro Mata; plácido, observador, bondadoso, Larrey; minucioso; atractivo y conciliador, Boerhave; metódico, y persuasivo sin exclusivismos, Cl. Bernard; de blando criterio y desigual elocución, Morejón, el cronista; paciente labor gramatical ostentan los escritos de mi inolvidable Pi y Molist; fluidos y castizos fueron Daza y Valverde; sorprendente y genial, Letamendi, mi paternal amigo...

Esta floresta de autores médicos que, sin molestia de mi parte, pero con cansancio del auditorio, pudiéramos agrandar, nos recuerda la muchedumbre de textos médicos donde recoger, á manos llenas, galas de estilo, conocer innúmeras formas de dicción, conjeturar la importancia que para la biografía encierra el estudio del estilo literario-médico y deducir ingentes, positivos contactos de la Medicina y las Letras, noción de la que surge no un tratado de *Literatura médica*, sino de *Medicina literaria* practicada por muchos y preminentes doctores.

Y es, que el médico, á fuer de hombre, se deleita en el bien decir, la hermosura le atrae, goza perfeccionando aptitudes, ama la bella literatura y, como individuo de una institución social, necesita de las letras para transmitir y enseñar sus conocimientos, para conquistar prestigio y gloria, para llegar al corazón del cliente y aumentar la eficacia de sus prescripciones.

No es sabio profesor el imperito, el iletrado, y, así, los más ilustres fueron también los más leídos, quiero decir, los más doctos.

Claro es que no fué el capital objeto de la Medicina el cultivo de las letras, por aquello de que *morbos non verbis, sed herbis curari*, pero la estética en el lenguaje, la propiedad en la expresión, la elegancia en el decir, son condiciones no sólo convenientes, sino necesarias á la majestad, al decoro, á la autoridad de la institución que necesita nutrirse y relacionarse por virtud de las letras.

§ El número de médicos que consagraron á las buenas letras sus envidiables aptitudes es incontable; ello no admite dudas, á pesar de la opinión de mi excelente amigo el Sr. Menéndez y Pelayo, cuyo nombre yo pongo sobre mi cabeza, en

todo maestro, de juicio diamantino y orgullo de la literatura patria.

Sin salir de los confines españoles, permitidme que traiga al recuerdo, callando nombres antes citados, al médico de reyes y pontífices Arnaldo de Vilanova, al filósofo Ramón Lull y á Jaime Roig, doctor valenciano, archiatro de la Reina D.^{na} Maria, tres antorchas de la ciencia y de las letras regionales, en lejanos días; á Juan Jaraba, traductor brillante de Luciano, Cicerón, Erasmo y Dioscórides; al médico Céspedes, teólogo y poeta, que colaboró en la «2.^a parte de las *Cuatrocientas respuestas* al almirante D. Fadrique Enriquez;» á Juan Sobrarias, médico de Fernando el *Calólico*, maestro de bellas letras; Alvarez Miraval, elegante y fecundo prosista; poeta no vulgar fué el grande anatómico Pedro Ximeno; al Dr. Sempere le apellidaron el Gorgias, Cicerón, Varrón y Aristarco de su tiempo, y alabado fué por Gil Polo en su *Diana enamorada*, por Lorenzo Palmireno, Andrés Scoto, Morlá y otros; Arcisio Gregorio, el sabio; Luis Mercado *el grande*; Zacuto Lusitano; Laguna, el doctísimo; Gómez de Pereira, precursor de Descartes, García Carrero y Nieto Serrano demostraron cumplidamente que los profundos conocimientos médicos bien se hermanan con la filosofía y la literatura; el inolvidable Esteve y Collado fueron escritores correctos y de elegante naturalidad, como Francisco Díaz, el amigo de Lope y de Cervantes; Isaac Cardoso, filósofo y literato; Cobo el de la *cirugía rimada*; Villalobos el compositor de las *enfermedades cortesanas*; Sorapan de Rieros, evidenciando el amigable consorcio de la poesía con la higiene; Pérez de Herrera, el *Machaón* de los españoles, felicísimo autor de proverbios y enigmas en verso; Gómez de Huerta, con su *Florando de Castilla*, imitador de Ariosto; el retórico Escobar, profesor de Barcelona y maestro de Mal-Lara; el moralista Alfonso de Miranda; Núñez de Oria, cantor de *Bernardo el Carpio*; López Serrano, el de lira armoniosa; los valencianos March, Arnau, Valentí y Alcanys, cultivadores de la métrica; Vicente Blas García, elocuente y sabio zahorí de los clásicos; Virues, de la *Sociedad de los Nocturnos*; Jorge Anríquez, con sus *diálogos* y poesías estimables; Sánchez Valdés de la Plata, ridiculizador, con Cervantes, de los libros de caballería y el primer naturalista de América, Hernández, amicísimo de Apolo; Rodrigo de Castro con sus poesías amorosas; Marcos García, de imaginación fogosa; el catalán Amat, con sus refranes poéticos; Gerónimo Lafuente, alabado

por Lope de Vega en su *Laurel de Apolo*; Martín Martínez, el *águila de la medicina* y contrincante dignísimo del P. Feijóo; Piquer, Argumosa, Gallardo, Javier Santero, Méndez Alvaro, Corral, y los Janer, Castelló, Monláu, Castro y Serrano, demuestran, entre otros mil, y por modo irrefragable, la estrecha alianza de la Literatura y la Medicina en España. Todos ellos alistados en el arte de curar, rindieron férvido tributo á las *bellas letras*; y no citamos á los eruditos porque no se concibe que ni aún el hombre de más cerrada mollera pueda presumir la existencia de un médico, verdaderamente ilustre, despojado de erudición.

Los nombres y referencias que anteceden enseñan, pues, con claridad meridiana, ser error, sobrado extendido entre las gentes, que sólo deslizan la mirada por la superficie de las cosas, diputar la ciencia de la salud como marañal de pedanterías é indigestos barbarismos y tener á los médicos por hombres de rancia mollera y embotada sensibilidad, poco menos que inaptos para las manifestaciones estéticas del pensamiento por medio del lenguaje, ora hablado ora escrito...

Si el lugar en que estoy y la ocasión en que me hallo, autorizasen más dilatada labor, yo había de encontrar nombres de literatos hispanos correctos, delicados, nitidos, inspiradísimos en todas las formas de la poética, en todos los modos de la prosa, más que suficientes para abrumar á los espíritus desprovistos de taladro reflexivo que juzgaron á la Medicina distanciada de las *Buenas Letras*; pero algo muy importante hemos de decir aún acerca de este particular, que refuerce la conclusión.

§ De las sanitarias filas surgieron muchos y grandes poetas. ¿Lo dudáis? Estadme atentos breves segundos y convendréis luego en lo mucho que á los médicos adeuda la Literatura.

En el libro de nacimientos del Olimpo, en el registro civil de la Mitología, consta inscrito Esculapio, Dios de la Medicina, como hijo de Apolo, Dios de la Poesía y padre de las Musas y, en verdad, que no hay época ni país en que no se vea confirmado este simbólico parentesco del arte de curar y el de escribir galano, con repetidos ejemplos.

Orfeo, Museo y Epicarmo, primeros cantores helenos, médicos fueron, y también Nicandro, aplaudido por Cicerón; Emilio Macer, contemporáneo de Augusto, que describió en pulidos exámetros los *antídotos*; Andrómaco, archiatro de Nerón, dió á conocer en versos elegíacos la composición de la *tríaca*; Quinto

Sereno Samónico, médico del emperador Severo, Marcelo *Empírico* que lo fué de Teodosio, y Juan *el Milanés*, salernitano, figuran entre los poetas estimados. Médicos fueron, Nostradamus, autor de las alabadas *Centurias*; Silvio, el impugnador de Vesalio; Meibomio, reputado anatómico y maestro de Poética en Helmstád; Gerónimo Fracastoro y Francisco Villalobos, vates insignes; Claudio Quillet, el autor de la *Calipedia*; Samuel Gar, que tuvo la gloria de ser traducido por Voltaire; los italianos Arsilli, Redi, Bellini, Rassori y Ramazzini, como los franceses Champier, Petit, Deschamps, Sacombe, Andreveton. . poetas han sido de no vulgar nombradía, como los tudescos Fleming, Kubititz, el griego Karakassa y aún acuden los nombres de C. Agripa, Lametrie, Swift, Manzoli, Darwin... porción pequeñísima de la cohorte de médicos — vates que bebieron la inspiración en asuntos de Medicina y extraños á ella.

Acaso, ¿no són bastantes elocuentes los nombres citados para convenceros del amor que á la Literatura tuvieron y del valor de las ofrendas con que lo afirmaron?

Pues, entonces, os asombrará lo categórico de esta opinión: considero que los poetas más grandes y las composiciones más bellas salieron de las filas ó del campo de la Medicina. ¿Juzgáis litigioso ó exagerado tal parecer?

Considerad que el príncipe de la Estética, Platón, expertísimo en Medicina, dió la teoría á una escuela médica; que Aristóteles, el padre de la lógica y codificador de la bélleza, fué médico y naturalista; que á la Medicina perteneció y en sus gremios afiliado estuvo, Dante, imperecedero autor de *La Divina Comedia*; el poeta colosal, el famoso Schiller, fué médico militar; Goëte, creador de *Fausto*, fué anatómico y biólogo genial; Haller, doble hijo de Apolo, cantor de *Los Alpes*, introductor de la poesía filosófica en Alemania, cual Poppe en Inglaterra, fué asombro de la Medicina y padre de la Fisiología moderna; Oliverio Goldsmith, poeta inspirado y primero entre los noveladores ingleses, fué doctor en Medicina, como el autor del poema *La Creación*, Blackmore, que llegó á la categoría de médico de la reina de Inglaterra... y basta de citas, que ya temo vuestro enojo, aunque harto se vé que olvido á cuantos sólo padecieron el *sarampión* de la rima, ó chapotearon en el *dilettantisme* frívolo.

§ Aparte de los nexos fortísimos y palmarios que encadenan dulcemente la Literatura y la Medicina, por virtud de la

condición estética de aquélla y por los trabajos poéticos de los doctores, bueno es memorar que la ciencia de Hipócrates dió materia á numerosos y peregrinos ingenios que sorprendieron y deleitaron con sus composiciones inolvidables nutridas en asuntos científicos ó profesionales médicos. Esta suerte de escritos pueden dividirse en tres grandes órdenes; que comprenden: 1.º los en que las *bellas letras* sirven para loar y enaltecér á la ciencia médica y á sus profesores; 2.º aquellos en que la musa retozona, pintoresca ó maleante se complace en ridiculizar y zaherir á las huestes de Esculapio, y 3.º cuantos tuvieron por motivo capital deleitar, difundiendo conocimientos y descripciones pertinentes á la Medicina.

Cierto es que el primer grupo es incomparablemente más fecundo, autorizado y placentero: sólo porque no me motejéis de apasionado legionario de mi Arte, omitiré, no sin disgusto, composiciones literarias en que la admiración, la gratitud y el numen dedicaron armoniosos laudes al sublime oficio de curar; son incontables.

Con gracejo, donosura y crueldad á veces, sacaron los poetas á la vergüenza pública extravagancias é incorrecciones de los doctores, exclusivismos sistemáticos de sangradores, Médicos del agua, Dulcamaras, Tirteafueras, polifármacos y demás turba de medicastros...; en no pocas ocasiones, la pasión, la injusticia ó la venganza del vate movieron su pluma, desgraciadamente!...

Un archivo copioso de epigramas, donaires, travesuras y alusiones pudiera formarse con los escritos rimados y en prosa asestados contra la profesión médica: desde Esopo, con sus fábulas, Píndaro, Aristóteles y Platón, hasta Plutarco, Estratón y Ateneo entre los griegos; desde los libros del Antiguo Testamento á Tertuliano, San Crisóstomo y San Bernardo; desde Plauto y Cicerón, á Séneca, Quintiliano, Marcial y Petronio entre los latinos; desde Tirso, Lope y Moliere, hasta los vates más conocidos de nuestro tiempo; casi todos, quien más, quien menos, entraron por la Medicina, á la búsqueda de pensamientos con que lucir la gallardía picaresca de su numen, su talento crítico ó la flexibilidad seductora del ingenio.

Con elegir pasajes en las disertaciones de Bartolino, de Witkowski, Barthez, Guyard, Bernier, Napias y repasar el verjel de nuestros poetas hispanos, colectaríamos óptimos, regocijados y abundosos escritos para un libro extenso, ameno y malévolo,

suerte de *Antología* en la que no dejaría de figurar, entre otros, aquella lamentación tan celebrada de un médico:

«Enseñé, no me escucharon;
Escribí, no me leyeron;
Curé mal, no me entendieron;
Maté, no me castigaron;
Ya con morir satisfice;
¡Oh, muerte! quiero quejarme;
Bien pudieras perdonarme
Por servicios que te hice.»

Bien se alcanza á todos que esta suerte de composiciones, como festivas y basadas en la exageración, en la repulsa, en el ridículo ó en la pasión, cumplen su principal empeño de fustigar incorrecciones profesionales, verdaderas ó fingidas, deleitando al espíritu con lindos juicios y frases galanas sin menoscabo positivo de una ciencia bienhechora que no se conmueve, en sus robustos cimientos, por ingeniosas burlas y sangrientos decires, ni siquiera por las impudencias de los malos médicos y las mochadas de los ignaros y presuntuosos.

Lo evidente es, que los aludidos escritos, florida selva de brillantes conceptos, descubren, á maravilla, una vena opulenta entre la Medicina y las Letras, que habrá de tener en cuenta quien se proponga escribir acerca de tan amena y extensa cuestión.

Otro género de amistad más dulce y de afinidades más útiles queremos indicar entre Higiea y las musas del lenguaje.

Vates prestantísimos de todas las edades tomaron por motivo de su inspiración asuntos desgajados del frondoso árbol de la Medicina, con lo cual, sirviendo á la poesía, legaron á las generaciones testimonios fidedignos, á veces únicos y por lo mismo estimables, del estado del Arte de curar en tiempos remotos. Así ocurre con los datos médicos que perpetuó Homero y los pertinentes á los profesores de la Grecia; Ovidio, en sus *Metamorphosis*, habló de la operación cesárea, del delirio alcohólico, de la dietética y de la curación de las heridas; Horacio recuerda nociones y prácticas de terapéutica, higiene y cirugía de su tiempo; á semejantes cuestiones dedicaron, en parte, su musa, Cátulo, Propercio, Tibulo, Terencio, Séneca el *Trágico* y Lucilo; el meliflúo é inmortal Virgilio demostró en sus *Bucólicas*, *Eglo-*

gas y *Encida*, predilección singular por el arte curativa, y sus conocimientos, nada comunes, brillantemente los expuso al hablar de los climas, de las enfermedades infecciosas, pústula maligna, obstetricia, fisiología y medicina veterinaria; más explícitos fueron Juvenal y Marcial, como asimismo Plauto.

Todos estos poetas de inmarcesible renombre, fulgentes luceros en el cielo de la rima, nos regalaron inestimable tesoro de noticias pertinentes á las costumbres sanitarias del pueblo romano, de las cuales surgiría una labor literario-médica copiosa y lozana, aun sin espigar en el extenso y florido campo de vates y novelistas de más cercanas centurias. Y es que la Medicina, como todo lo científicamente entendido y contemplado, se puede convertir en fuente de emoción estética, por la eficacia sublime de envidiable facultad y entonces la rima encierra, entre flores poéticas, positivos elementos de enseñanza, de utilidad en los primitivos tiempos, de valor cronológico en los sucesivos y dignos de admiración siempre, cuando consagra las galas de la inspiración á pintar la sublime armonía que palpita en los fenómenos, al parecer mínimos de la espléndida Naturaleza.

§ Pero la fraternal simpatía de que venimos hablando, brota espontánea y con vigorosos fueros de la influencia intensa y constante que la Medicina ejerció, en toda época y lugar, en la formación de las escuelas literarias, por ejemplo.

Ello tan cierto es, que han vivido robustas y con aquiescencia y regalo públicos, escuelas que pusieron su ahínco sólo en copiar la realidad médica, aun la superficial y tosca, cayendo, á veces, en un fisiologismo detallado, acomodaticio, piltrafoso, repugnante, y en rodear las obras de una atmósfera sucia, mal oliente y de pesimismo angustioso.

¡Más limpias y sabrosas corrientes ofrece la Medicina á los espíritus de exquisito gusto y remontado vuelo, quienes desdeñan bestiales minucias, ordinarieces, hedentina y podre, escorias viles de la existencia humana!

Es también irrefragable que el nervio y médula de las producciones literarias sobresalientes son de indole médica; las teatrales y novelescas, singularmente, de fondo pasional, de biológica urdimbre, alcanzaron señorío en consonancia con la verdad fisiológica que resplandece en su composición; como que los caracteres, emociones, dirección y calidad de las personales energías son elementos que tienen espesa raigambre en el cam-

po de la Medicina, inclusa la explicación de las aptitudes de un escritor...

Si á cuanto dicho queda, sumamos los recuerdos de que el sublime cantor de la guerra de Troya dedicó porción de su estro insuperable á hechos médico-quirúrgicos, imitándole poetas griegos y latinos, según apuntado queda; que el Angel de las Escuelas ilustró la fisiología humana con su poderoso talento; que Cervantes, Lope de Vega y Shakespeare no hubiesen llegado á lo sublime en sus creaciones sin conocer, vislumbrar ó presentir, que para el caso es igual, las eternas verdades de la observación médica, en lo que se refiere á las mudanzas, desequilibrios y furores de la mente, cuyo estudio constituye la Psiquiatría moderna; que Delavigne y el gran Quintana saludaron con su numen á *la vacuna*; que Racine y Voltaire dedicaron armoniosos versos á las funciones del cuerpo... ya daréis sin duda asenso á mi opinión y veréis en las citas que anteceden, otros tantos vínculos de amorosa y útil simpatía que enlazan las artes de curar y escribir, más general, la Medicina y la Estética, toda vez que la Pintura y la Escultura reciben, en primer término, el nervio de la verdad y de la belleza del saber médico, de la anatomía, de la fisiología y de la clínica, según la índole de los asuntos retratados, las escenas y emociones de los personajes. Quien vacile recuerde no más, que la sublimidad en las artes bellas, no cabe si la ciencia del hombre opuso reparos; éstos son siempre fundamentales, irrefutables.

Por consecuencia, cuantos cultiven la Belleza en aquellas manifestaciones que en el hombre se cimentan, no llegarán á la cumbre de la reputación, ténganlo por cierto, sin haber sido observadores de la naturaleza, Galenos honorarios, por su penetración envidiable, por intuición genial.

II

Poniendo término á la enjuta y sumarisima enumeración de afinidades, personales relaciones, utilitarias miras y corrientes de afición que acercan la Medicina á las Letras y, ahondando en el asunto, acerquémonos más al corazón del tema.

Expresar lo bello por medio de la palabra escrita, es soberana misión exclusiva del reino humano; facultad de privilegiadas inteligencias y de espíritus nobles.

La hermosura en las *Letras* descubre la sublimidad de pensamiento y la grandeza de las almas, que se deleitan y perfeccionan en su apreciación; pues ningún ser inferior puede comprender y gozar la expresión de aquellos estados ó facultades superiores de que él carece; de donde la imposibilidad de que un irracional entienda una razón, de que un inculto aprehenda estéticas delicadezas de la idea y pueda el hombre juzgar los intentos de Dios, circunstancia, la última, que explica la necesidad de la revelación que satisfaga por la fe esta necesidad racional del espíritu, como dijo muy bien el reformador de la Patología.

El lenguaje, relación entre seres corpóreos, como función del individuo es, en cuanto mecanismo, legítima incumbencia de la Fisiología, por ser un complejo de cualidades orgánicas en acción, de actos fenomenales que tienen por cimiento, armazón y sostén la portentosa constitución humana: en cuanto facultad ideológica, perfeccionable por el entendimiento mismo, como necesidad del espíritu, corresponde á la Filosofía que estudia su evolución y trascendencia. Pero las calidades psicológicas necesitan, indispensablemente, para realizarse, órganos materiales, movimientos del orden biológico, que el médico analiza en sus diversos estados y, por ende, aquellas facultades y la palabra, con todos sus antecedentes y consecuencias, son, en apelación final, manifestaciones vitales, fisiológicas, ó mejor, *psico-físicas*, como ahora se dice. No podremos, pues, formar exacto, amplio y cabal concepto del lenguaje fonético, gráfico é interno por estudios de orden ontológico; precisa la intervención de la Medicina, y esta dependencia es algo más que lejano parentesco, relación laxa y amistad convencional; es lazo más

firme que los hierros, y más sólido que el nudo por beneficio, vecindad ó inclinación formado. Además; las lesiones psíquicas (prolepsis) que las palabras y las letras producen, y la acción placentera, calmante ó curativa de la reflexión y de la literatura, en ingentes é indubitables ocasiones de Medicina moral, no sólo aprietan aquel nudo médico-literario si que obligan al profesor del Arte de curar á estudiar los modos de expresión y desentrañar todos sus efectos y virtudes en el ánimo y salud de los clientes, para con rectitud aplicarlos y ser útil á la humanidad y á la ciencia.

§ Es la palabra vibración de la carne, onda sonora que, por el alma inspirada, reflejar puede todas las situaciones conocidas del mundo, todos los anhelos del espíritu; en forma oral halaga, conmueve, incita, subyuga y arrastra á los mortales; grabada ó escrita, son las letras clavos sutiles que sujetan el pensar, perpetúan elementos metafísicos, las ideas, y las convierten en ley de los hombres, código de los siglos, enseñanza de las generaciones. Son las letras norte de la humanidad y suerte milagrosa de comunicarse los espíritus por actos corpóreos, con los espíritus presentes, del pretérito y del porvenir lejano, estableciendo así, un comercio eterno á despecho del enigma de la función, de las centurias y de la misma muerte.

Alma del mundo es la frase; causa de la historia y luz de la humanidad, como es la luz palabra de la naturaleza; hija del entender y maestra del entendimiento; fuente de propósitos y por ellos dirigida; presea del hombre y por el hombre enriquecida, es imponderable y gravita, inextensa y llena, inmaterial y ofende, hiere y mata; es liviana y desgaja los montes, seca los mares y tuerce los ríos; fuego que al cerebro inflama, de sus chispas vive; raudal de venturas y de quebrantos, es gloria del alma y al alma inferna; clave del saber y cable del pensar, es lira de amor, silbo plácido ó espantable rugido; océano de insólitas energías, encierra la trasmutación de la materia en impresión, ésta en idea, la idea en fuerza, la fuerza en señorío y éste en árbitro del mundo. La palabra que define al espíritu, al tiempo y al espacio, entidades metafísicas sin las cuales no se la concibe, ella las da existencia y forma y las sintetiza en *átomo*, *punto* é *instante* sillares de ciencias positivas y eternas; la palabra, por fin, que es un soplo y una agitación humilde, cambia la faz de los pueblos, trueca sus gustos y consuetudes y produce en el hombre, en sus carnes, inexplicables, maravillosos

efectos. Y es que la frase algo tiene del espíritu al que sirve de galanísima vestidura.

Sí; no es la palabra función orgánica, cosa material, sonido articulado *solamente*, ni las letras meros dibujos de la expresión ó frases visuales. La misma locución, en igual tono pronunciada, con idénticos rasgos esculpida, provoca efectos muy distintos, y es que el secreto de la impresión íntima está en la intención, que es el alma del lenguaje; *alma* decimos, porque no siendo de material estructura, á la materia anima, de la *psije* procede y á los espíritus emociona. Así, cuando la escritura carece de intención ó el *yo* receptor no la adivina, el efecto psicológico de la dicción es nulo, como cuando miramos caracteres de significación inestudiada. En cambio, cuando aquélla existe, recta ó sincera, figurada ó simbólica y una razón la interpreta y á ella responde, el lenguaje es completo y brinda maravillas inefables al observador, fino amante de la sabiduría infinita.

La palabra y la letra son, por tanto, galanos estuches, ideales atavíos del pensamiento para salir al mundo, relacionarse con las conciencias y entrar en sus misteriosos albergues con el traje adecuado á su misión, con fonética ropilla, vestido, al fin, del pensar exteriorizado ó callejero del cual es sastre el mismo literato, quien suele poner todo ahinco en el adorno ó en rebozar la intención, pero de forma que no se vea el disfraz ni se descubra lo postizo... Por eso se dice que el arte de encubrir el arte es el artificio más difícil y estimado en bella literatura, donde todo ha de parecer natural, preciso, gallardo y la dicción fluida, diáfana, verdadera, sin que se columbren las dificultades y espinas de la concepción y alumbramiento literarios.

Como ejemplo de habilidad en ocultar dificultades poéticas que, sin embargo, se transparentan, verdadero alarde de artificiosa y elegante destreza, acude á la memoria la siguiente y conocida composición:

«Un soneto me manda hacer Violante,
Que en mi vida me he visto en tal aprieto;
Catorce versos dicen que es soneto,
Burla burlando van los tres delante.
Yo pensé que no hallara consonante,
Y estoy á la mitad de otro cuarteto,
Mas si me veo en el primer terceto
No hay cosa en los cuartetos que me espante.

Por el primer terceto voy entrando
Y aun parece que entré con pie derecho,
Pues fin con este verso le voy dando.

Ya estoy en el segundo, y aun sospecho
Que estoy los trece versos acabando:
Contad si son catorce, y está hecho.»

Algo hay, repetimos, que domina al lenguaje, y es aquello que perfila el concepto, elige la frase apropiada, ordena el período, da sentido á las palabras, cadencia al discurso, dispone el tono, la actitud y el gesto en consonancia con el propósito y enlaza las oraciones con trabazón lógica y agradable aparato. Y ese *algo* es el individuo, la *psije*, que forja el dardo literario, lo temple, lo aguza, lo pule y adorna y, por fin, lo despide con tino y maestría singulares, de manera que al tocar al espíritu produzca el efecto perseguido.

Claro es que tal impresión ó efecto, por ser psíquico, sólo tiene de material lo más externo y grosero, lo que depende de la vibración acústica ó luminosa; lo importante, lo esencial, es el trabajo recóndito y sublime de transformación de lo sentido por el *yo*, y el resultado que esta mudanza ocasiona en el mismo *yo* receptor é intérprete, con facultades, de reaccionar en el modo y forma que resuelva.

En este sentido, la conciencia, el *yo*, la *psije*, viene á ser corpóreo telegrafista que, escondido en el fondo del cerebro entre millones de células é intrincadas madejas de hilos transmisores, recibe y descifra despachos, por los nervios conducidos, y los registra en la memoria, los repasa en el juicio y los critica y se conmueve, ante su contenido, agradable ó penosamente, ordenando al punto la contestación oportuna, si no opta, por aplicar la sordina á su impresionabilidad ó callar el efecto del telegrama.....

§ Tan intrincados y fulmineos mecanismos denuncian, en verdad, una función vital suprema, psico-orgánica.

Toda relación interpsíquica debe apreciarse como proceso doble *sustancial* y *fenomenal*, formado de actos complejísimos cuya sinopsis correlativa, en sencilla manifestación, está constituida por *intento*, *expresión*, *recepción* y *aprehensión*, actos *psíquicos* el primero y últimos y actos *físicos* los restantes.

Pero esta fórmula encierra enorme complicación, puesto que la *expresión*, de naturaleza *física*, supone, cuando menos, selec-

ción de ideas, formación de imágenes y frases bellas, siendo lo postrero la representación de estas categorías mentales por signos estudiados; por otra parte, la *apreciación* que requiere órganos sutiles y adiestrados en la recepción de las impresiones, presupone elaboración inescrutable que cambie la vibración, la onda acústica ó luminosa, en juicio, en determinación, es decir lo material en psíquico y surja la *interpretación*, acto primero y último de todo lenguaje, que ilumina la función.

Merced á la facultad interpretadora del espíritu, descubrimos, señores, en *Letras* ese *mucho más* de lo que las letras retratan, cuando bien inquirimos; y en tal husma gozamos y nos deleitan las ocultadoras galas del estilo, especie de frondosa é imaginada selva en que los espíritus jugueteen, se recatan ó se ostentan con toda majestad y gentileza.

En esos sembrados literarios, en surcos ó renglones dispuestos, prosa ó verso, soberbio germinar de la inspiración, cosechamos, entre luces y melodías, con la hoz de la penetración, las delicadezas del presentimiento, las travesuras juveniles, las marrullerías de la experiencia, las sinceridades de la mocedad, los desencantos de la vejez, les sublimes arrebatos de la fe cristiana...

La potencia adivinatoria supone la penetración del ropaje literario por la idea, procedimiento fotográfico del pensar con los catódicos rayos de la perspicacia, aguzados por la educación. Cuando una y otra, afinadas, se ayudan, consiguen sorprender la intención del relator en su mismo estrado al que sube el *yo* por la trocha del gesto ó el rayo de la mirada, dos formas de expresión sinceras, por automáticas, en que los nervios y los músculos, cándidos por naturaleza, intervienen en primer término. Y ya tenemos otra vez á la Fisiología solicitada para explicar actos de psiquismo en la expresión del pensamiento; pero la solicitud es doble porque la interpretación de las frases, puramente anímica al final, requiere órganos cerebrales que la ayuden y perfectibles por la gimnasia del intelecto; porque ni las letras ni el lenguaje se heredan; éste se agranda y completa á medida que el organismo camina á su perfección; de donde se infiere que el sublime intérprete y quilatador del sentido de las voces y de los escritos, que en nosotros reside, descansa en trono orgánico, en suelo anatómico y se mueve, por tanto, en dominios del médico.

§ El aprendizaje y la perfección aludidos, patentes en la puericia y sordo-mudez, traen á la memoria la serie inacabable

de esfuerzos y ensayos fonéticos y gráficos realizados por la humanidad. ¡Qué de equilibrios psico-físicos presupone salvar la distancia que media entre el infante y el hombre sabio, en materia de expresión!

Omitiendo las inconscias y explosivas réplicas orgánicas, verdaderos disparos de energía por efecto de una impresión, la cual actúa como fulminante en dichos casos, rudimentarios eslabones funcionales de la cadena longísima de los modos de expresión en Biología, y saltando las modificaciones que, desligadas del entendimiento y de la voluntad, revelan, sin embargo, estados de la *psije*, como la palidez del rostro, el carmin de las mejillas, la contracción muscular, las palpitaciones, el llanto, etc., insinuemos que la sonrisa del niño á la maternal caricia, y el grito alegre que provoca en el muchacho la posesión de lo anhelado, hasta los conceptos estéticos de Hegel, los morales de Sócrates, las filigranas literarias de nuestros místicos, las poéticas de Píndaro y Tirteo, las vehemencias oratorias de Demóstenes, las concepciones de Newton y Leibnitz y las profecías astronómicas de Leverrier... son peldaños de una función evolutiva, el lenguaje, á la que concurren actos, desarrollos, energías, órganos, aparatos y sistemas del cuerpo humano sin cuya integridad y desarrollo no se dan tales excelencias psíquicas.

¿Qué decir ahora de la ímproba y perdurable labor necesaria al descubrimiento y perfección de las letras?

Hitos, mojones, dólmenes, sepulcros, pirámides, minarettes, catedrales, arcos, murallas y castillos, fases evolutivas son de una escritura, narración en rocas, rima en peñascos, que nos dicen las cuitas, creencias y civilización de las antiguas razas. Pero este alfabeto de cíclopes, es juego pueril al lado de la invención de la escritura corriente.

¡Qué inmenso derroche de vida y de actividad no suponen los fatigosos tanteos, precursores de la llana escritura en los pueblos actuales! ¡Cuántos milenios consumidos hasta llegar á los caprichosos caracteres chinos, á su escritura monosilábica, trazada de arriba abajo y en que las palabras, suspendidas, como la civilización, amenazan caer para disolverse en los pueblos de la tierra! ¡Cuántas mudanzas y seculares cataclismos indican los arabescos caracteres, de derecha á izquierda dibujados, como indicando que en materia de progreso, caminan los musulmanes en opuesta dirección á la de sus hermanos de blanco rostro!

Ahí están los *cuneiformes* y los *jeroglíficos* que dicen á la pupila y á la razón que también formaron parte de la cultura viejísima y supieron representar la belleza, el amor, la virtud y la ciencia de asiáticos, faraónicos y americanos...

Però ¡ah señores! que desde la pintura de los objetos á la representación ideográfica, desde el dibujo fonético de la palabra, hasta la escritura figurada con su valor convencional, sus tropos, elegancias, gallardías y significación de las funciones y de los conceptos abstractos, median abismos que al ánimo suspenden y que sólo pudieron colmar esfuerzos ingentes del espíritu y miriadas de generaciones en el correr de incontables centurias.

Aun existe, entre las clases iletradas, un sistema primitivo de escritura, *la tarja*, que sirve, á maravilla, para juzgar los adelantos en el arte de representar el pensamiento: material caligráfico; un cuchillo y una caña, cada raya es un pan prestado, una necesidad satisfecha, un día de trabajo, una herida en el crédito, una puñalada en el corazón del haber de la familia proletaria... La contemplación de estas cañas, primitivos libros de caja, ¡á cuántas amarguras, zozobras y esperanzas dió lugar! Con ser tan sencillo el procedimiento, ¡qué de sutiles y elevadas funciones no reclama el hecho de transformar y sintetizar en una muesca, una operación compleja, acaso un idilio, tal vez un drama! Esta conversión, este milagro de la idea es tan grande, aunque de mayor exactitud y honradez, como dar valor á un metal, á una piedra, á un papel... moneda.

§ Las letras, plegándose á servir de nido al *yo*, adquirieron un valor ideológico inapreciable y un poder sintético asombroso, adecuados para vislumbrar, por ellos, la alteza del hombre y el poder colosal del espíritu y de la educación en los órganos más nobles de la economía; órganos indispensables, precisos, pues, averiados, contrahechos ó envenenados, alteran ó esterilizan la eficacia psíquica, nuevo enlace, este, de la Medicina con la ciencia del lenguaje.

Sábese que los más heroicos y sublimes actos de los individuos y de los pueblos, á la voz ó á letra se debieron; su valor sintético, su potencia pictórica y su armonía y belleza, son calidades por vosotros tan conocidas como beneficiadas, y es milagrosa la facultad creadora de las *Buenas Letras*. ¿Puede darse más singular prodigio que la existencia real, perdurable, por todos reconocida, de que gozan Don Quijote, Fausto, Hamlet,

Safo, Beatriz y tantos otros imaginarios tipos que las gentes citan, aplauden ó discuten con mayor entusiasmo y conocimiento que si de vivientes personajes se tratase?

Gozan, además, las Letras de la prerrogativa de resucitar épocas, imperios, conflictos, personas, no por mera curiosidad sino para enseñanza de presentes y futuros. Y para que en esta supremacía literaria sea todo admirable, resurgen los fenecidos, no del cementerio de los cuerpos, sino de los archivos, camposantos de los espíritus, donde se hacinan las verdaderas efigies de los que fueron, dibujadas por su misma pluma y disposiciones. No acude el ingenio á osarios y sepulturas, que las cenizas no reviven, ni para resurgir tienen virtud; ésta se halla en los pergaminos, manuscritos é inscripciones, claros espejos que reflejan el pretérito y dibujan la inepticia y la rudeza de historiófobos y biblioclastas.

§ Cuantas sean las ventajas y conquistas del lenguaje gráfico y fonético, descansan en el *simbolismo* producto del ingenio, de la semejanza y del convencionalismo á un tiempo; sin él no hubiera letras, palabras, oraciones, bazarrias ni modos de expresar opiniones y sentimientos; y, así, puede afirmarse que en lo convencional y *ficicio* residen la verdad, la belleza, lo exacto, lo que vive, lo que muere, lo presente y lo venidero!...

¿Qué valen ni qué suponen las sencillas palabras *padre, mar, cielo, tú, león*, despojadas del valor representativo que cada pensar les concede, según pacto lingüístico determinado, sin la intención que el espíritu puede infundir en ingentes casos de pronunciación?

Mas el pacto y la consuetud se respetan, se cumplen y el *yo* lo acata con tal sumisión que se confunden en su seno la representación y lo representado, el dibujo y la idea, la palabra y el pensamiento y entonces la frase actúa con irresistible empuje, como cuando evoca la patria, la fe, la libertad... de las que se erige en simbolo.

La mal trazada cruz con que termina ó empieza sus cartas el cristiano, es rudimentario dibujo, simbolo intenso, para unos santo, antigualla para otros; mote de los pueblos y distintivo heráldico, en aritmética es *más*; en milicia, valor; en sociedad, inteligencia ó virtud; diminuto y primitivo trazo, la imaginación lo agranda, la convicción lo inflama y lo trueca en simbolo de simbolos, en cifra y compendio de sabiduría, de justicia, de caridad, de omnipotencia, de resignación, de esperanzas, en

fuente de redención y de inmortalidad; él recuerda, en suma, un más infinito, el Creador y, con El, los atributos que nos es dado vislumbrar!!...

Tan maravilloso hecho, se concibe únicamente por la serie elevada de asociaciones ideológicas y por la admisión de la palabra interior, *verbum mentis* ó manera que tenemos de conocer las cosas por representación en el pensamiento, siendo la palabra exterior calco fonético de la imagen interna, y las letras representación á su vez de las voces; de manera, que siendo imágenes la palabra interna, la oral y la escrita, la primera es la que informa á las otras y la más real por ser más directamente formada por los sentidos. El concepto interno de las cosas, fotografía de las mismas en la placa del pensamiento, no cambia virtualmente en los hombres mientras que el lenguaje y la escritura son diferentes. El *verbum mentis* es el ser que tienen las cosas en el entendimiento; las letras, sus rudimentarios símbolos, y las frases ó pensamientos figurados, *símbolos* elevadísimos constituidos por el espíritu y por el ropaje fonético ó gráfico que requieren espíritu receptor capaz. Esta doctrina, que en el fondo es la escolástica, expuesta con sublimidad por el autor de los *Nombres de Cristo*, no esclarece aún todo el fondo maravilloso del simbolismo literario.

Esa medalla que adorna vuestro pecho, símbolo es que sintetiza, con estética inspiración, los recuerdos, excelencias y fines de la Academia; mote sabio, en precioso metal esculpido, con intención dibujado, y por una asociación de conciencias concebido, es breve monumento, mudo y elocuente á la vez, gesto áureo y perdurable, divulgador de pasados triunfos, nuncio de un porvenir risueño y florido.

¿Quiérese más sutil descubrimiento, más culto y delicado lenguaje ni más aflagranado testimonio de la sublimidad del talento humano y de la potencia vivificadora de las *Buenas Letras*?

§ Imaginad, por un momento, señores, un cataclismo ideal; la desaparición total de la literatura y de su recuerdo. ¡Espanto causa pensar en ello! El mundo sin letras y sin palabras reflejaría la obscuridad, el frío, el atraso, la miseria espantable de los brutos; mas ello no se concibe sin arrancar á los hombres el divino soplo que les inspira y dirige en esa *Alquimia* sublime que, si en la naturaleza reduce el tronco á llama, de donde surge la potencia que, transformada en fluido impalpable, conduce los signos á través de los mares y los continentes, en el cerebro

humano transmuta la vibración atómica en función celular, esta en recuerdo, en sospecha, en juicio, en rayo genial, cuya lumbré guía á la perfección y al progreso.

Tras lo dicho, no es aventurado concluir que la Literatura es una legislación del hombre que el espíritu adopta y se impone, para las comunicaciones interpsíquicas, en la que una sabiduría alta y perfeccionada ingerta la estética de la expresión.

Y puesto que el lenguaje es conjunto de funciones psico-orgánicas constitutivas de un organismo ideal que nace, se desarrolla, se funde con otros, se enlozana, decae, muere y ofrece en su ciclo alteraciones ó enfermedades que tuercen su trayectoria de riqueza y grandiosidad; puesto que tiene origen, evolución, dolencias y fin, como entidad viviente podemos estudiar la Literatura y diputarla de índole *biológica*. Mas la intervención culminante de la Medicina en el total conocimiento, surge, una vez más, de la relación íntima que en toda forma expresiva ejercen las alteraciones en la composición y dinamismo de la células encefálicas.

Por lo demás, la Psicología abandonada á sus propias fuerzas, por la sola experiencia interna, no puede resolver aquello que no le atañe, es decir, el problema concerniente al mecanismo orgánico, al influjo de la Fisiología y de la Patología en la formación y exteriorización de las sensaciones, recuerdos, juicios y voliciones, asunto que únicamente la Medicina podrá esclarecer, dando así completez á la noción del lenguaje fonético y gráfico, motivos que justifican y cohonestan subsiguientes consideraciones.

III

Porque sabe, quiere y puede, habla, escribe ó versifica el individuo; sus huesos, músculos y nervios hállanse dispuestos para obedecer las órdenes emanadas de los centros cerebrales, y éstos y aquéllos, merced á un aprendizaje costoso y largo, con precisión y listeza, concurren á los actos complejissimos del lenguaje hablado ó escrito; el *yo*, por consuetud y hábito, conoce, maneja, asocia y elige los materiales ó representaciones almacenadas en los trojes de la memoria.

La función psico-orgánica del escribir pertenece al orden de las voluntarias, conscientes y superiores en las que, forzosamente, han de colaborar órganos de la economía, no tan sólo en la composición mecánica de los símbolos fonéticos ó gráficos, sino en la formación íntima del lenguaje.

La doctrina de Santo Tomás expuesta por el Cardenal Fr. Ceferino González, en un acto á este parecido, reconoce la simultaneidad de acción entre las facultades intelectuales y las sensibles y la constante dependencia de las primeras, respecto de las segundas en el ejercicio de su actividad; concomitancia y dependencia, cuya causa real y razón suficiente es que unas y otras facultades traen su origen del alma racional unida al cuerpo íntima, esencial y sustancialmente, por ley necesaria de la humana naturaleza. Y esto no ya sólo cuando se trata de adquirir nuevos conocimientos, sino también al hacer uso de nociones previamente adquiridas. De manera que es imposible, según este modo de discurrir, que, durante el estado de la presente vida en que el entendimiento se halla unido al cuerpo pasible, conozca actualmente alguna cosa sin que su mirada se dirija ó convierta á las representaciones sensibles, *nisi convertendo se ad phantasmata*. Y añadá dicha escuela que impedida la acción de la potencia imaginativa, por *lesión de su órgano*, como sucede en los dementes y furiosos, ó impedida la de la memoria sensible, por *lesión del órgano correspondiente*, el hombre queda inapto para discurrir. Confirmando aquella unión entre el cuerpo y el alma, dice la mentada escuela, que cuando procuramos conocer una cosa, aun cuando sea abstracta, universalísima ó de objetos puramente espirituales, se forman en nuestro interior

ciertas imágenes sensibles en las y con las cuales representamos aquello que deseamos conocer; fenómeno que entraña ineludibles relaciones entre lo orgánico y lo psíquico, entre lo somático y el fenómeno íntimo de la expresión.

En consecuencia, y puesto que, según la ortodoxia más estricta, nuestro espíritu no puede aislarse del cuerpo, ni siquiera con respecto al acto de pensar propio y específico del alma; puesto que para la conversión de la inteligencia en pensamiento, es necesario que su energía nativa, pero potencial, sea excitada por los sentidos corporales, los cuales, con la imaginación ofrecen la primera materia para la elaboración de las ideas y proceso de conocer, resulta que en los actos del alma, hasta en los de mayor sublimidad y nobleza, han de tenerse en cuenta elementos corporales como los sentidos y los órganos de la imaginación y memoria, que pueden alterarse por enfermedad, de donde se infiere, siguiendo la vía *tomista*, la intervención legítima de las disciplinas médicas en la función del discurso y en la expresión de los pensamientos. No podía por menos que emitir tal opinión el cesáreo talento del *Angel de las escuelas*, seguido por numerosa cohorte de varones doctísimos.

El incomparable autor de la *Historia de los heterodoxos españoles* no se atreve á negar importancia á la experimentación fisiológica, ni á los servicios que ella puede prestar á la Estética, en ocasión de criticar las opiniones del conocido Grant Allen. Se dirigen las anteriores referencias á desvanecer infundados escrúpulos de cuantos se inclinan á juzgar irrespetuosa ó inoportuna la intervención de las ciencias fisio-patológicas en la explicación de funciones anímicas.

Por otra parte son tan numerosos y sobresalientes los modernos trabajos de Psico-física normal y morbosa y de resultados tan trascendentes los de la última, en especial, que nadie osa negar, con algún viso de fundamento serio, el ingreso de la Medicina en el templo de la vetusta Psicología, particularmente en lo que á expresión estética concierne. La Fisiología y la Psiquiatría ofrecen hoy nuevos caminos que conducen á descubrimientos insólitos y fecundos, según el sentido común permitía vislumbrar. El ancho río de informes abundosos acumulados por Hebart, Lotze, Zimmermann, Fechner, Wundt, Zeising, Bain, Ribot, Taine, Charcot, Spencer, Soury, sin contar histólogos, frenópatas, clínicos y biólogos del renombre de Brocca y Ferrier, Fritch é Hirtzig, Munk y Cajal, Kölliker, van Gehuch-

ten y Krafft-Ebing con cien más, sancionan, con sus pacientes investigaciones, observaciones sagaces y conclusiones exquisitas, la irrecusable intervención en los asuntos á que venimos aludiendo.

§ Pero la legitimidad de tal ingerencia surge, con majestad y pompa, del fondo de estas conclusiones médico-filosóficas, universalmente admitidas, conviene á saber:

1.^a La integridad, naturalmente relativa, de las diferentes partes del sistema nervioso, es *conditio sine qua non*, de una actividad normal de la mente;

2.^a El progreso y desarrollo de las funciones psíquicas tienen lugar en los seres paralelamente al desarrollo de los centros nerviosos;

3.^a La *Psico-física* ha descubierto algunas leyes relativas al tiempo, condiciones y resultados orgánicos del trabajo psicológico;

4.^a Está comprobada la concomitancia de ciertos fenómenos orgánicos con las manifestaciones psíquicas;

5.^a Estas corresponden á determinadas variaciones termométricas en la cáscara cerebral, modificaciones en la circulación, peso, eliminación de productos y cambios en la química del protoplasma nervioso, forma de tributo de la vida al señorío del pensar.

A guisa de corolarios de los postulados biológicos que anteceden, y como adquisiciones de la observación secular, afirmamos además, diaria y rotundamente, que los éxitos literarios obedecen al hábito funcionar del encéfalo y á la educación; que en el cerebro del vesánico, del decrepito, del alcoholizado y del cretino se esconde la razón de lo furioso, cansino, perturbado ó rudimentario de los conceptos y voliciones que ofrecen aquellos sujetos, y finalmente, que hasta la posición de la cabeza al componer ó meditar, influye en la ideación, de tal suerte que el apoyar la frente sobre la palma de la mano izquierda, *verbi gratia*, no es actitud casual, artística ó de comodidad solamente, ella obedece á la necesidad inconsciente de favorecer el riego de la parte izquierda del cerebro, la que, con mayor frecuencia, actúa en la elaboración del pensamiento.

§ Dentro de nuestra economía, señores, se aloja un organismo exquisito, de blanda composición é inextricable, que representa el último grado de perfección de la materia viva, y está encargado de promover, dirigir y completar todas las funciones

de relación. El sistema nervioso, que no es otro el aludido, semeja, por su disposición, un lirio sepultado en el cuerpo con el bulbo encerrado en el cráneo y el tallo en lo hueco del raquis ó espinaza y toda la planta nerviosa en un estuche firme que la resguarda de traumáticas injurias y forasteras inclemencias. La porción superior, intracraneal ó encéfalo, tiene por misión capital concurrir á las funciones conscientes, sensibilidad, ideación, voliciones, y, para ello, se proyecta hacia fuera, se adelanta por medio de los sentidos, que son como raíces del bulbo liliáceo, por los que toma éste los elementos de su vida intelectual, ó también, especie de manos que del exterior llevan al espíritu materiales que, elaborados, son el nutrimento del *yo* y la manifestación de su actividad sublime.

Aunque todas las partes del sistema nérveo se hallan en comunicación íntima, merced á una red de hilos que ponen en contacto mutuo los ingentes nerviosos centros, especie de estaciones telegráficas del intelecto, teóricamente, puede asegurarse que los actos conscientes son de incumbencia cerebral, perteneciendo los restantes á la médula y ganglios, y que en lo íntimo del cerebro deben existir sentidos internos, múltiples, para la apreciación de impresiones psíquicas, puramente.

El bulbo encefálico ostenta una porción periférica, *corteza gris*, constituida por capas de esferillas microscópicas ó células nerviosas en las que terminan y comienzan filamentos blancos que, unidos en haces, forman la porción interna blanca y hebrada del cerebro con sus hilos aferentes, eferentes y de conexión, cables dispuestos para llevar despachos al centro, comunicar decisiones del *yo* y establecer relaciones entre las distintas provincias y lugares del cerebro.

En la corteza, pues, de este órgano, según todas las posibilidades, se hallan el granero, molino y tahona del pan espiritual; allí los almacenes de los recuerdos, las estanterías de las imágenes, las oficinas de interpretación, comparación y asociación, elementos para los juicios y mandatos del *consensus*.

En el encéfalo, no obstante su unidad funcional, se marcan distritos más especialmente encargados de alguna función, circunstancia en que se basan la topografía fisiológica del cerebro y la doctrina de las *localizaciones*, á la que han dado robusto apoyo la Anatomía patológica y la experimentación de biólogos y clínicos, en lo que dice relación con el mecanismo de la palabra y de la escritura.

§ Dicho queda que las palabras representan ideas ó cosas, y que el adorno y agrupación de aquéllas, inspiradas en el buen gusto, dan pie á la bella expresión del pensamiento. Por tanto en el *arts loquendi* como en el *scribendi recté*, verdaderamente, han de representar papel capitalísimo la idea y la memoria, sillares del edificio del lenguaje.

Cuando delante de un niño, cuyo cerebro en formación se halla despojado de ideas, voluntades y recuerdos, pronunciamos frecuentemente una palabra, de modo que le llame la atención, la impresión, marchando por el oído, actúa sobre las células de los *centros auditivos común y psíquico* para depositarse luego, en forma de imagen fonética, en el *centro de la memoria auditiva de las palabras*. Los tres indicados *centros*, impresionados, darán al infante el recuerdo de aquella impresión sonora, sí; pero esta remembranza será incompleta, sólo más tarde cuando asocie el intelecto las imágenes auditiva, visual y táctil que resumen las propiedades del objeto, que expresa la voz *ocarina*, por ejemplo, es cuando la palabra despertará la idea exacta de aquel instrumento, recordando el simil de Chareot.

Ahora bien, si el niño ha oído varias veces la palabra *mama*, *papa*, intenta, por natural imitación, emitir los mismos sonidos hasta lograr la pronunciación exacta, con tal maestría y desembarazo, que ya puede repetirla, casi automáticamente; entonces el niño es perito en aquella locución, porque durante el aprendizaje la fórmula motora de la articulación de aquella palabra se ha fijado para lo sucesivo, en un *centro* particular del cerebro, y el muchacho ha conseguido dos memorias de la palabra, la *memoria auditiva*, cuyo mecanismo indicamos antes, y la *memoria de los movimientos coordinados*, indispensables para la articulación de la frase. Desde tal momento el pueril discípulo conoce las palabras y puede repetirlas, habla y conversa; logró esculpir en su blando cerebro, con el buril de la atención, una imagen musical, el retrato fonético de una dicción determinada; estas labores, repetidas, dan idea muy sucinta del mecanismo en virtud del cual adquirimos el conocimiento y expresión oral de una lengua.

Conseguido esto, el niño aprende á leer, es decir, á interpretar las palabras por medio de signos gráficos, convencionales, por mecanismo semejante á los precedentes; las imágenes visuales de las letras, de las sílabas y de las frases, se estampan en una provincia del encéfalo, en el seno misterioso de las células

constitutivas del *centro de la memoria visual de las palabras*; centro relacionado con todos los ya mentados y con la oficina intelectual donde se asocian todas las imágenes ópticas, auditivas y táctiles que retratan el objeto; esto alcanzado la vista de una palabra, despierta ya, la idea concreta de lo representado en ella.

Finalmente, aprende el niño á trazar letras, á unir las, á escribir, con grandes dificultades; al principio mueve la mano, el brazo, la lengua, adopta violentas posturas, guiña los ojos, tuerce los labios y con todo ello revela el esfuerzo que la pintura le cuesta; con el tiempo escribirá automáticamente, sin poner atención en las letras, de la misma forma que leemos sin deletrear, adivinando por el bulto las frases, ó ejecutamos una difícil sinfonia sin más eficacia que la impulsión inicial..., y es que el niño escritor adquirió la *memoria* motora-gráfica, burlando en la corteza del cerebro el alfabeto, cual si con la misma pluma dibujase en el papel y en cierto distrito cerebral los garabatos y las letras que forman su escolar pesadilla.

Los *centros* activos de lenguaje, indicados en la sinopsis incompleta y exprimida que venimos bosquejando, no son caprichosos, harto lo sabéis; ellos se van deslindando en el catastro cerebral, merced á los sorprendidos vinculos entre algunas atriciones, espontáneas ó provocadas, del encéfalo, y las alteraciones subsiguientes de la motilidad, sensibilidad é inteligencia.

Así averiguó el arte hipocrática que la lesión de la primera circunvolución temporal del cerebro, provoca en el hombre un estado mental raro; el enfermo puede hablar correctamente, leer y escribir, oye los ruidos, los sonidos, las palabras pronunciadas, pero ya no comprende el sentido de éstas; ha perdido la memoria auditiva de las palabras, padece, por tanto, *sordera verbal*.

Una atrición en un lugar del cerebro inmediato y superior al enunciado, es decir, una lesión en el *pliegue curvo* del encéfalo; es causa de la *ceguera verbal*, quiere decirse que el individuo habla, pero no puede leer: ve los objetos, las letras, mas no atina con la significación de las palabras dibujadas; es para él, la escritura, un lenguaje incomprensible, (Viault y Jolyet).

Otro caso; la destrucción de la tercera circunvolución frontal izquierda, produce la pérdida de la facultad de hablar y articular las palabras, aun cuando estén expeditos los musculares órganos de la fonación é intacta la laringe; el enfermo oye

y comprende, lee y escribe, sólo ha perdido la *memoria de las asociaciones motoras* para la articulación de las frases; ha olvidado la fórmula de mandar á los labios, garganta y lengua que modulen; esta suerte de *afásicos* son los que, con un puntero, señalan las letras para entenderse con los suyos.

La lesión, por último, de la segunda circunvolución frontal, origina la *agrafia*; el paciente oye, habla y lee, empero, ya no sabe escribir; perdió el *recuerdo de los movimientos necesarios* para dibujar las letras, perdió aptitudes para la *voz perpetua é inmensa, de origen divino*, como llamó Platón á la escritura, ese complemento gráfico del discurso.

Estas cuatro dolencias, ó mejor, grupos morbosos, no sólo demuestran las *cuatro fases* ó elementos constitutivos del lenguaje, sino que ponen de manifiesto las porciones del cerebro *necesarias* á su realización, cuyas lesiones invalidan la eficacia del *yo*, encadenado firmementé al *nervio* de cuya integridad y constitución depende, en gran parte, el carácter del estilo, la propiedad, abundancia y hermosura en la dicción... Ya veis como resplandece la importancia de los estudios médicos.

§ Rectamente pensando, el lenguaje exterior va precedido del pensamiento que lo proyecta, dibuja y anima; esta separación se nota mejor cuando el *yo* habla para sí. En este hablar interno ó mental, las ideas se presentan al espíritu en forma de imágenes concretas ó fotografías de los objetos, como estampas verbales ó gráficas de las palabras; en consecuencia, puede decirse que nosotros al meditar oímos, vemos, dibujamos ó articulamos nuestro pensamiento antes de emitirlo ó pintarlo; por eso dijo Taine que, en estado normal, pensamos bajo por medio de palabras mentales leídas, oídas ó pronunciadas.

Según los temperamentos y aptitudes nótese que unos, los poetas y los músicos, *oyen* más veces su pensamiento, en cambio el ajedrecista, el matemático y el historiador lo *ven* y el ciego lo *pesa* y *mide*; todos preparan y prejuzgan el éxito de su labor interna.

Fácil es comprender que el predominio de unas ú otras imágenes mentales, su hermosura, variedad y completez son calidades de la mente, estrechamente enlazadas con la sanidad y desarrollo de los centros psíquicos, y la alteración anatómo-fisiológica de éstos ó de las vías de comunicación nerviosa pueden explicar defectos del lenguaje mental precursor y maestro de la expresión.

Y como las mudanzas somático-funcionales de los órganos del lenguaje constituyen una gama extensísima, una escala suave de peldaños morbosos, infierese que son ingentes las manifestaciones de éstos, los defectos de locución é ideación; ejemplos: el olvido de los sustantivos, de los verbos, de los números ó de los adverbios; la difícil pronunciación de ciertas letras; la pobreza de palabra; la facundia excesiva; la ineptitud para las cadencias y los sonidos; la semi-insensibilidad á la línea y al color; la poca éapacidad para las ideas abstractas y para las síntesis, son otros tantos rasgos personales, que se reflejan en el lenguaje y en los escritos.

Si añadimos, ahora, las enfermedades de la voluntad, de la memoria, de la ideación; los trastornos de la conciencia y otras perturbaciones psíquicas emanadas de lesiones en la textura ó funciones del sistema nervioso, atacado en sus elementos, ora por el calor de la fiebre, por las oleadas de la congestión, ora por la dañina eficacia de alcaloides, ptomainas y leucomainas que los envenenan; si recordamos que una indigestión, un catarro gástrico, un ligero ataque de bilis alteran profundamente las facultades psíquicas, y, finalmente, que hasta el romadizo ó catarro nasal ocasiona la *aprosequia*, hasta el punto de vencer la voluntad más decidida y firme, echaráse de ver cuántas y cuán complicadas son las condiciones médicas del lenguaje y qué de secretos pudiera revelar, en materias literarias, la Medicina.

Para que mejor resalten dichas complejidad é influjo, insinuemos, que la *afasia óptica*, consistente en la dificultad considerable de hallar el nombre de los objetos teniéndolos á la vista (en tanto que su designación surge cuando ellos se esconden, ó el individuo cierra los párpados, ó examina aquéllos por el tacto, el gusto ó el olfato), nace de lesiones en las partes posteriores del cerebro, que interrumpen las comunicaciones entre los centros de la visión y los de las imágenes tonales de las palabras.

Cuando los centros sensoriales del cerebro que han de proporcionar datos para el exacto conocimiento de un fenómeno, dejan de concurrir todos, ó las corrientes de asociación se hallan inexpeditas, decimos que sobreviene la *ceguera psíquica* ó mental en que los individuos ven los objetos, los lugares, las personas, los escritos, pero no los reconocen y olvidan su significación; el perro verá el látigo, pero no huye ni se altera ante la amenaza del castigo: causa de esta anomalía psíquica; lesión en la porción blanca de los lóbulos occipitales del cerebro.

§. Estupendo entre los fenómenos de la naturaleza es aquel en virtud del cual las representaciones constituyen un *consensus* que termina, en el hombre, por su reconocimiento, del cual es base la *atención*: esta facultad tan necesaria al conocer, para cuya explicación ha formulado una teoría el eminente Cajal, basada en la contractilidad de las células nerviosas alrededor de los vasos, que ocasionaría aumento de riego y de actividad en los distritos cerebrales, esta facultad, decimos, en su trabajo solitario, intrínseco lleva al *ensimismamiento* del sujeto, con gasto de energías y producción de grandes ideas, ó de aberraciones profundas en los mentecatos. Pero la excesiva *atención interna* produce irritación consecutiva en el punto cerebral laborante, monoideísmo, obsesión penosa, y la irritación encefálica, idiopática ó simpática, de un lugar del encéfalo determina representaciones automáticas ineludibles que esclavizan la atención del espíritu; lo primero engendra la *pasión*, lo segundo la *locura*; aquélla originada por la intensión de un trabajo psíquico, ésta por la lesión circulatoria, y las dos unidas por un lazo común que oprime y ahoga la potencia anímica, lánguida y marchita bajo la pesadumbre del malestar orgánico, y que resurge y lozanea con la salud corporal.

Hasta la facultad soberana, la *voluntad*, al parecer, la más espontánea y autónoma, encadenada se siente á la fisiología y patología del cuerpo. No nos es dado pensar en lo que queremos ni dejar de pensar en lo que nos atormenta y angustia, ni podemos sustraernos al imperio de otra voluntad más poderosa (sugestión) en virtud del estrato orgánico de ésta.

¿Quién dudar puede de que las suávisimas corrientes de *euforia*, que de todas partes del cuerpo llevan al *yo* la noticia del bienestar, influyendo en el ánimo, como aura placentera, constituyen el sostén de la alegría y reflejan la normalísima situación vital del cuerpo que se retrata siempre en las manifestaciones de la *psiquis*? En cambio un espíritu recluso en un organismo caduco, doliente, bilioso ó imperfecto inspirará, ciertamente, obras retóricas ó poéticas en consonancia con la ruindad y deterioro de los instrumentos de que se vale...

En todas las obras del individuo, se retrata el carácter, el modo de ser, el *temperamento psicológico*, que, en nuestro sentir, es la suma total de inclinaciones, deseos y voliciones con inclusión de elementos intelectuales; y como quiera que el *carácter*, sea cual fuere su esencia y el criterio para su clasificación (que

éste cambia según los autores) es positivo que descansa en una base somática, en particularidades estructurales y fisiológicas de los seres, despréndese que las aptitudes del sujeto y la forma peculiar de realizarlas, nacen de la constitución, del *temperamento fisiológico* de los hombres, cuya noción exacta puede revelar, sin duda, los modos de ser literarios de los autores, ó mejor, explicar la forma constante y las tendencias de las producciones, nueva, firme y amplia atadura entre la Medicina y la crítica literaria.

Aquí parece dentro de razón recordar el error de los que, fundan ó contraen la naturaleza de los *temperamentos* á un solo factor, como Leshaft, por ejemplo, entre los modernos; antes parecen aproximarse á la verdad Rudkof, Pérez, Seland y Letamendi, es decir, los que se inspiran en el tradicional criterio médico, según el cual el *temperamento* obedece á una contestura orgánica influida por condiciones del cosmos y de la educación, concepto más vasto y exacto que el kantiano. Y aunque los psicólogos no hayan llegado á un acuerdo en este particular, es evidente que el vulgo, por intuición y por observación, vislumbra con bastante claridad los temperamentos, los caracteres de los personajes según el sentir de una medicina popular que, en el fondo, es la clásica, y considera ilógicas y mal dibujadas las personas que no ostentan caracteres ajustados á los viejos tipos higiológicos y clínicos adivinados por el sentido vulgar, amplio viaducto que conduce el universal intelecto desde la *Medicina* á las Letras y *viceversa*, puesto que en el cultivo de éstas notarse puede el *temperamento* con su origen embrionario, su condición normal ó patológica, sus caracteres anátomo-fisiológicos y las solicitudes psico-físicas del medio, lo mismo en el artista que en sus creaciones.

El literato de espíritu inquieto, de móvil carácter, de escasa paciencia, de insegura atención, podrá ser estimable poeta si tiene inspiración, fluidez y gusto exquisito, pero fracasará como historiador concienzudo, veraz y escrupuloso, que el predominio de su excitabilidad nerviosa impide grandemente la metódica, asidua y minuciosa labor, nada brillante, del rebusco, traducción y compulsión de instrumentos vetustos.

Cada ciencia, cada arte, es obvio el recuerdo, exige cierto equilibrio de cualidades ó *temperamento* basado en condiciones psico-orgánicas perfectibles por el ejercicio.

Consecuencia postrera; la Fisiología y las *Buenas Letras* ca-

minan por idéntico sendero, del brazo cogidas y con recíproca influencia.

§ Al llegar á esta altura, no obstante la imperfección expositiva y la humildad de los conceptos ofrecidos, ya pueden columbrarse las causas, número y género de los mediocres, estrafalarios y desequilibrados que pululan en Literatura. ¡¡Cuántos cegatos, tuertos, bizcos, gibosos, zurdos, tartamudos, miopes, présbitas, sordos, relamidos, broncos, desordenados, impuros, afeminados, atrabiliarios, obcecados, torpes y livianos para los efectos de las *Bellas Letras*, y cuya definición se encierra en el conocimiento de las anomalías del organismo ó en las modificaciones que en éste imprimieron malas enseñanzas y peores costumbres!!...

Según esto, ¡qué de obstáculos no habremos de vencer, dentro del proceso orgánico, para escribir hermosamente, lo cual supone además, inquirir la verdad, hallarla y exponerla con claridad, elegancia y vida, por medio de frases que la retraten, y reflejen, al propio tiempo, las ideas y los estados del espíritu! Mas con esto no queda cumplida toda la misión expresiva, aun resta superar dificultades técnicas que el inspirado Lope de Vega sintetizó, en parte, en la siguiente y conocida fórmula, incluida en su comedia *La Dorotea*:

«¿Cómo compones?—Leyendo,
Y lo que leo imitando,
Y lo que imito escribiendo,
Y lo que escribo borrando,
De lo borrado eligiendo.»

Con harta claridad se destaca la enorme cifra de impedimentos que al primoroso escribir se adelantan, según el mecanismo ideológico aconsejado en tan minúscula Arte retórica. Y cuidado que allí no se mientan las angustias de la originalidad, las llamas urentes de la inspiración, los trabajos de la cultura previa, ni las energías invertidas en domeñar rebeldías de la memoria, en avivar al numen remoroso, en mejorar y pulir naturales aptitudes... para llegar al parto y, como tal, doloroso.

Si en la órbita de los conocimientos cupiese ahora, una fórmula donde constaran, en síntesis, todas las intervenciones nerviosas, todas las modificaciones de los elementos cerebrales, todos los cambios físico-químicos de las *neuronas*, los relámpagos

de reflejismo y asociación, los trayectos recorridos por las sensaciones y toda la misteriosa elaboración del pensamiento, de la expresión bella, de la corrección y crítica de nuestro propio trabajo, al escribir una décima, un refrán, una carta, veríamos ciertamente, la inmensidad de prodigios realizados, de actividades consumidas en el seno de los átomos, invisibles fábricas del pensar y espejuelos milagrosos donde el *yo* se mira, se reconoce y guarda las imágenes de los objetos... Pero si esto no es posible, lo escrito al indicar las fases de la formación del lenguaje en el niño, permiten vislumbrar una porción microscópica, infinitesimal, del trabajo orgánico en las manifestaciones psíquicas, lo suficiente, sin embargo, para comprender la importancia de los conocimientos biológicos en la ciencia del lenguaje y sus aplicaciones estéticas.

Pero, señores, el ánimo se encoge y la inteligencia se ofusca al solo intento de quilatar, en conjunto, el trabajo psico-orgánico complicadísimo y sutil de los protoplasmas y redes nerviosas cuando ayudan á espíritus privilegiados Dante, Virgilio, Tácito, Homero... en sus obras inmortales!...

¡Cierto: dentro del cráneo llevaron ellos, y en menor escala todos los hombres, una fragua milagrosa donde forjar los pensamientos, los rayos del mandato y las centellas de la inspiración y del anhelo, con el batir de la sangre oprimida, al calor de la idea que chispea en los ojos, caldea la palabra y anima al pincel del artista, á la pluma del escritor, dejando como residuos de fábrica, inertes cenizas deladoras de la transformación y del gasto de materia!!

§ Cribando, por economía de tiempo, asuntos que abogan en favor del parentesco de la Medicina y las Letras, todavía descuellan las doctrinas experimentales acerca de la naturaleza y desarrollo de los sentimientos estéticos, vasta materia enlazada con todas las cuestiones de la Fisiología del sistema nervioso, con extensión y brillantez expuestas en obras recientes, de vosotros conocidas, que ensanchan los límites del concepto de lo bello.

Pero uno, interesante y vivo, surge de los estudios médico-psíquicos sobre el cual habéis de permitirme somero recuerdo; me refiero al concepto del *Genio literario*, en el cual han introducido revolución hondísima los admiradores con exceso, de las conquistas antropológicas, y ocasionado ardientes é inacabables disputas.

Es evidente que á consecuencia de aquellos entusiasmos y de la arriesgada conducta imaginativa de cierta escuela, hase originado la doctrina alarmadora y peregrina, según la que, todos los hechos máximos ocurridos en el mundo, fueron debidos á seres anormales, desequilibrados, epilépticos, degenerados, enfermos en una palabra, á los que llamamos hombres eminentes, sin excluir sabios, moralistas, inventores, filósofos, artistas, reformadores y literatos excelsos,... pues que la *secta* parte del principio de que la superioridad intelectual es una neurosis, una dolencia, una epilepsia sin convulsiones!

No es de extrañar, por tanto, que escritores como Tchekow y Max Nordau, ensalcen al mediocre, al de perezosa inteligencia, al que se acerca al automatismo bestial, al *filistin*, al hombre *normal* de Lombroso, único en quien residen el equilibrio, la salud, la perfección natural...; los demás, los Aristóteles, Descartes, Platón, Homero, Tucidides, hasta el mismo Jesús, fueron *neuróticos* con sus taras y anomalías consiguientes!!

Semejantes dislates, señores, por neuropatólogos sustentados, sólo en el estudio atento del hombre hallarán justa corrección.

Las eminencias intelectuales enferman de la mente, porque son hombres y por tener un órgano cerebral predominante y trabajado; puede admitirse una coincidencia mayor entre la locura y el superior talento, porque siendo éste, en parte, resultado de un temperamento nervioso delicado y prepotente y de encéfalo *activísimo*, las dolencias del sistema y de esta viscera hallan frecuentes ocasiones de manifestarse... Pueden coincidir las neurosis y el talento, pero se revelan los *genios*, á *pesar* de la enfermedad, y de ninguna manera ésta sirve de cimiento y cuna á la superioridad del espíritu. Si lo infrecuente fuese, en toda ocasión, patológico, la talla elevada, sería un padecimiento, como la finura de oído, la agudeza visual, y hospitales vivientes la garganta de la Pati, la inspiración de Quintana, el talento de Galileo...; en cambio, los manicomios serían centros de sabiduría y civilización.

Teórica y prácticamente puede y debe ser exacta la correspondencia entre el desarrollo del encéfalo y la superioridad intelectual en la escala de los seres; también puede tenerse por natural la correlación entre el desarrollo parcial del cerebro humano y las aptitudes del individuo, pero en este punto concreto hay que huir de exageraciones, no perder de vista la mayor trascendencia de la *calidad* sobre la *cantidad* en el dina-

mismo cerebral y, sobre todo, no olvidar la sinceridad en materias tan delicadas, y la *ignorancia* en que aun nos hallamos en lo que dice relación con el mecanismo íntimo y estructura de la masa nerviosa, capítulos cuajados de hipótesis, no de conocimientos positivos. En lo concerniente á la participación de la célula en el trabajo psíquico, el cerebro es un arcano; así lo confiesan especialistas como Cajal, Belmondo, Lenhosek, Golgi, Soury... sin desconocer, por esto, los asombrosos descubrimientos alcanzados por los hijos de Esculapio en las funciones, enfermedades é histología del sistema nérveo.

Y es que sorprender la actividad de los elementos cerebrales es tarea casi insuperable. Esta verdad tristísima para el afán eserutador de la humanitaria Medicina púsola de manifiesto, sincera y gallardamente, D. José de Letamendi, aquel hombre de muchas almas ó de espíritu múltiple, al exclamar: «¿Cuándo veremos en la espesura de la substancia gris del cerebro correr una sensación de las células perceptivas á ocultarse entre el obscuro polvillo de las conmemorativas, y luego de allí salir y volar, como recuerdo involuntario, á las células del sentido moral, causando en éste una acción de pena tan violenta que, corriendo su estímulo á las de origen del nervio trigémino, decreten una lágrima que compense y desahogue aquel dolor moral? Nunca. ¿Cuándo presenciaremos en los fondos cerebrales la marcha rítmica y alternada del diástole del desaliento y el sistole de la esperanza, del diástole de la injuria recibida y el sistole de la honra vindicada? Nunca.»

Y lo más triste del paso, á juicio del citado maestro, es que con la misma certidumbre racional, inquebrantable con que afirmaba aquella imposibilidad, afirmaba igualmente, que no cabe el menor detalle de las funciones de conciencia, ni aún las más sublimadas, como la creencia religiosa, el sentimiento del honor, la aprehensión de la verdad, la misma heroica opción por el martirio en aras de ella, que no necesite su contingente de substancia cerebral para ser ejecutada; de suerte, decía, «que yo mismo he de asegurarme á mí mismo, de una parte, que esas millaradas de millaradas de células encefálicas son los azogados cristales microscópicos de que yo necesito para realizar, por modo reflexivo, la contemplación de mi propio ser en el metafísico tocador de mi conciencia; y de otra parte, y con el propio fundamento, que ninguno de esos incontables espejitos podrá ser contemplado por mis ojos nunca del lado del cristal para ver

como refleja, sino siempre del lado del azogado reverso, por donde sólo he de ver que nada veo.»

Y, sin embargo, en el fondo de esta confesión de perdurable ignorancia, palpitan los descubrimientos de la ciencia en nombre de la cual se hace, circunstancia que encierra un tesoro de esperanzas y de incentivos para el médico observador, porque de sus trabajos han de surgir las posibles resoluciones que reclama la Psicología moderna.

§ Señores, el estudio biológico de los vicios de composición artística es una suerte de Clínica de los espíritus, y en tal sentido las perversiones del gusto y los graves defectos de estilo, con tenacidad expuestos y con nervioso entusiasmo aplaudidos, constituyen enfermedades agudas ó crónicas, serias ó leves, en la literatura viviente de los pueblos. Marcan *debilidad*, anemia ó desmayo la pereza en producir, la falta de originalidad, de vigor, de robustez en los sentimientos y la ausencia de nobles ideales; indican *excitación* las composiciones inspiradas en el patriotismo; en las pasiones de partido, en el fuego polémico, en las enemistades de raza, de pueblo y de clase; revelan *perversión* en las facultades, el acicalamiento huero, la ampulosidad, el desaliño, lo falso, lo sucio, la chulería, lo sensual, el criterio atrabiliario y el mercantil, la presunción, la rudeza, lo tabernario, el atavismo y demás formas de *infección* social, que responden á estados anormales de la inteligencia ó de la moral de los publicistas con huellas y máculas en el organismo, antes sospechadas que descubiertas.

Esta suerte de padecimientos literarios, individualmente curiosos y por sus efectos sociales importantísimos, piden á voces luces médicas para prevenir, curar ó disminuir aquellos estados que formarían, con la Medicina moral y la Higiene del espíritu, parte integrante de la Psiquiatría del porvenir, en correspondencia con la Biología social, y aliada de la Metafísica.

Si alguien condenase por sobradamente invasor el criterio que venimos exponiendo acerca de la extensión y relaciones de la ciencia médica en lo que atañe á las manifestaciones del entendimiento, tenga por injusta la calificación desde el punto y hora en que sabemos la conveniencia de que hasta la Filosofía y la Historia se beneficien con levadura médica, razonablemente añadida.

Inteligencias muy despiertas y autorizadas han probado que la Historia, en esencia, es la Físio-patología de la humanidad, ya

que descubre en el curso de las centurias, las gallardías de la salud, los desmayos, aberraciones y sufrimientos de los pueblos en períodos comparables á los períodos y edades del cuerpo humano; también se dijo, con sagacidad notable, que la Filosofía es la Clínica del sentido común en que muchos sistemas deben tomarse como febriles accesos de la mente, y por último que la Psicología funcional es la Biología del espíritu.

§ Integrando juicios, indicaciones y noticias que forman la urdimbre de esta disertación ó, mejor, conato de un andamiaje *antológico*, podemos afirmar, apoyados en la Historia, en la Filosofía, en la Biología y en la general convicción, que es ilógico admitir tan sólo la posibilidad de un divorcio duradero entre la Medicina y las Buenas Letras sin menoscabo grande y ruina evidente de las dos disciplinas que se ayudan, se complementan, se iluminan y se perfeccionan reciprocamente.

Bueno es, y bien parece, que para facilitar labores del intelecto estudien separadamente los botánicos las verdes hojas por donde las plantas respiran; los cálices esbeltos, moradas elegantes del amor vegetal; las pintadas y encendidas corolas que deleitan á la pupila; el aroma sutil que trasciende al mismo espíritu; la fragancia y sabor del sazonado fruto con que el paladar se regala.....; pero la idea completa del sér vegetal, su cabal noción científica, no la poseeremos, no se esculpirá en la mente sin conocer las fibras, los vasos y las células del tallo enhiesto, las escondidas reacciones nutritivas, el trabajo útil de las modestas raíces, la evolución de la planta y las condiciones del terreno donde ésta nace, se multiplica y vive. De igual manera no se alcanza el complejísimo conocimiento del lenguaje fonético, gráfico é interno cultivando solamente alguna ó algunas de sus manifestaciones bellas, ni deleitándose en la hermosura de pensamientos y formas de expresión, ni inquirendo la vida del lenguaje en los pueblos y en los siglos, ni estudiando la ilación mental, el proceso psíquico y toda la materia preceptiva, con ser todo tan importante y excelso; preciso es conocer además el mecanismo íntimo del lenguaje, el papel de los nervios, raíces del habla, las funciones de las *neuronas*, la intervención indiscutible de los órganos cerebrales y tener en cuenta, por fin, las condiciones del terreno, esto es, del organismo humano, máquina á su vez de que se vale el *yo* para la formación y expresión del pensamiento, fruto regalado y exquisito del alma y del cuerpo unidos.

.

*
* *

Para quien tanto tiene que aprender y nada ó poquísimo que enseñar, suficiente es lo dicho, si no para ilustrar la materia, para mostrar obediencia al reglamento y llamar vuestra atención hacia un asunto de supremo interés, de importancia grande.

Adelanto, pues, precipito, señores, el término de mi oración, no por agotamiento de la materia, sino por temor á que se extinga vuestra benevolencia, á la que sólo quise presentar, no un discurso redondeado y brillante, sino el *armazón* ó, mejor, el índice ó sumario de un libro que, sobre *Medicina y Letras*, espera ocasión propicia de salir al público.

Si no alcancé á desarrollar el tema, con arreglo á su importancia y extensión y en consonancia con la grandeza de este acto y la excelsitud de vuestros merecimientos, extended la bondad hasta la absolución de involuntaria culpa, apreciad como atenuantes mi intento y la primacia de esta diminuta ofrenda.

Y, ahora, vivid mucho para gloria y prez de las *Buenas Letras*; alcance el Dr. Torras y Bages, mi antecesor ilustre, la cúspide de eclesiásticos destinos adonde le exaltarán sus condiciones envidiables, y aproveche yo vuestra ciencia y consejos, para llegar, con el tiempo, á la categoría de *casi perito* en humanas letras, de las que siempre fui sincero amante, inclinación que hoy, espléndidos, premiáis con creces.

HE DICHO.

CONTESTACIÓN

DE

D. Francisco de Bofarull y Sans

SEÑORES:

Si mi buen amigo el ilustrado Dr. Comenge, con la venia de nuestro dignísimo Presidente, me eligió para la contestación á su erudito discurso como prueba del aprecio que nos profesamos, bien hizo en escogermé, porque nadie con mayor satisfacción que yo pudiera trazar el retrato moral de un hombre que ha consagrado toda su vida á la honrosa profesión de la Medicina y ha dedicado el resto al estudio y al análisis de los varios y arduos problemas á que se refiere en el hermoso discurso que acabáis de oír. Pero al aceptar la honra que el Sr. Comenge me dedica, me asalta la amarga certidumbre de la dificultad que se me ofrece, si había de contestar airosamente á los distintos estudios á que se refiere en la exposición del tema escogido por el nuevo académico con el título *Medicina y Letras*, tema que demuestra palpablemente el fondo de conocimientos que posee su autor y la suma de dificultades que se presentan si pretendiera yo desarrollarlos con la detención que el asunto requiere. Mas, tratando de contestar á tan ilustrado compañero, no me apura la prueba, porque el Sr. Comenge al pasar los umbrales de nuestra Academia, ha traído consigo un rico caudal de conocimientos y de obras escogidas á las que debe el título que le conferimos, título que tiene bien ganado y que al aceptarlo nos honra y da provecho, siendo más bien nosotros los honrados que el mismo favorecido.

Patentes se hallan á los ojos de todos los méritos del nuevo académico, y aunque no había necesidad de justificarlos, creo muy del caso el hacerlo por razones evidentes, pues en la época actual, olvidando algunas veces las corporaciones doctas, el fin para que fueron creadas, han dado ingreso en ellas á hombres de mérito, pero cuyos estudios no tienen relación bastante directa con el fin que cada corporación se propuso al razonar sus estatutos ó reglamentos, dando preferencia á la significación política social de la persona, y no apreciando los servicios prestados á la corporación ó los que pudieran prestarse en lo futuro.

El Sr. Comenge, en el fértil campo de la Ciencia y de las Letras, no es un soldado bisoño; su labor data de algunos años; su vida, consagrada al estudio, ha dado á la historia y á la ciencia gran número de trabajos estimables, cuyos títulos dan idea de los conocimientos generales del autor y de su entusiasmo por las ciencias en general y en particular por Cataluña y su historia médica.

Fruto de sus investigaciones histórico-literarias sobre medicina han sido las siguientes obras:

Curiosidades médicas, Clínica egregia, Médicos de antaño, Médicos de hogaño, Medicina pretérita, La farmacia en el siglo XIV, Receptari de Manresa siglo XIV, La medicina en el reino de Aragón, Archiatros de los reyes de Aragón, Estafeta de los muertos, dos partes, La medicina en el siglo XIX, Influencia de los catalanes en el progreso y evolución de la medicina, discurso de ingreso en la Real Academia de Medicina de Barcelona; Salvá y su tiempo, Biografía de P. Virgili y otros folletos y artículos biográficos.

La mayor parte de los trabajos históricos del Sr. Comenge se encaminan á dilucidar cuestiones de Medicina Ibérica y especialmente regional en lo que se refiere al antiguo Reino de Aragón.

En este género sus investigaciones son numerosas é importantes; dígalo sino su *Carta geográfica histórica de la medicina en Cataluña*, tan loada de los doctos y amantes de nuestra tierra; en aquélla figuran los hombres más notables de la ciencia de curar de la tierra catalana, con indicaciones pertinentes al lugar de su nacimiento, siglo en que vivieron y las especialidades que cultivaron, y todo ello adornado con una síntesis histórica de las epidemias del Principado. Así lo manifiesta en su cu-

rioso libro acerca de la Farmacia en el siglo XIV, en el que se demuestra la altura grande de tales estudios en los dominios de Pedro el Ceremonioso, libro del cual ha dicho el distinguido catedrático de Historia de la Farmacia en Madrid D. Julián Casaña, que es una página documentadísima y meritoria de la evolución del «arte de curar.»

Evidentemente lo prueban también sus trabajos múltiples para esclarecer y precisar la historia de la Medicina como institución social en Cataluña durante la Edad Media; sus investigaciones pertinentes á los Archiatros de la Corona de Aragón; su discurso de ingreso en la Real Academia de Medicina acerca de la Influencia de los catalanes en el progreso y evolución de la ciencia de Hipócrates; sus inquisiciones peregrinas para descubrir libros ignorados, autores injustamente olvidados ó atribuidos á otras naciones.

Estos pacientes trabajos le han valido al nuevo académico los plácemes y juicios laudatorios de celebridades críticas.

Nuestro compatriota y compañero de Academia el difunto D. Emilio Pi y Moslit, que tanto honró nuestra Corporación, elogió al Sr. Comenge como estilista, y añadió que nadie en España y acaso fuera de ella tenía quien le aventajase en asuntos de historia médica, lo cual reconoció también el erudito médico Dr. Escuder, quien ha dicho «es Comenge un escritor flexible, sutil, algo arcaico y ductil.» En parecidos términos le juzgan los eminentes escritores Serrano y Federico Rubio.

La biografía de Pedro Virgili es una muestra del amor y diligencia con que procede en el desempeño de su cometido en esta suerte de trabajos históricos, asienneste libro no tan sólo se pone de relieve la personalidad principal, si que se esclarecen cuestiones de importancia como la fundación de los Colegios de Cirugía, para lo que copió en los Archivos gran número de documentos.

A este propósito bastará recordar que merced á las investigaciones del Dr. Comenge sabemos de modo cierto que el establecimiento de la Anatomía práctica, base del renombre y fama de la Universidad de Montpellier, débese á un médico regional, á Francisco Cunill, archiatro de Carlos el Malo de Navarra y de Juan I de Aragón, asi como al celeberrimo Arnaldo de Vilanova, las instituciones de aquel centro, que sirvió de modelo á otros análogos de Europa.

Gracias á la constancia de nuestro compañero, puesta de re-

lieve al interpretar el *Receptari de Manresa*, conócese hoy el grado de cultura médica de los catalanes en el siglo XIV y la casi certeza de haber sido calumniado el monarca Pedro el Ceremonioso, al atribuirle la muerte de su hermano D. Jaime, que falleció el día siguiente de su entrada en Barcelona de unas fiebres palúdicas (en Manresa), como así lo asevera D.^a Leonor á D.^a Maria de Castilla al escribirle que el infante murió «en su leyto et por muert natural de la enfermetat que luengament ha habido en su persona.»

En otro estudio interesante ha demostrado también que el fallecimiento de la reina D.^a Juana Enriquez, no se debió á la animadversión de otras personas, sino á los solos estragos de un cáncer horrible en la boca, cuello y seno de la infortunada y triste señora, que sucumbió en Tarragona á pesar de los cuidados de un cirujano de Albayda llamado March.

El saber hoy positivamente que el prisionero del castillo de Játiva sucumbió á una vulgar enfermedad intestinal y no á los atropellos y violencias de personas reales, como así demostró D. Andrés Giménez Soler nuestro compañero; que el de Viana terminó víctima de un afecto pulmonar, y que el príncipe don Carlos, hijo de Felipe II, murió tísico, resultado de su vida desordenada, demuestra el valor de esta suerte de investigaciones y vislumbran los prejuicios y errores de que deben depurarse las crónicas.

Estos estudios de crítica, que tocan por un lado la historia política y por otro la de la medicina, han sido objeto de atención preferente por parte del nuevo académico, que con amplitud y uniformidad los ha tratado en su libro tan conocido *Clinica egregia*, dedicado, como su título indica, á historiar las enfermedades de reyes, príncipes, nobles, guerreros, pontífices, santos; en una palabra, las dolencias de los personajes más ilustres en la Iglesia y el Estado. El más famoso de los críticos y eruditos, el muy ilustre D. Marcelino Menéndez Pelayo, dijo haber leído este libro raro y curioso con deleite por su discreción, amenidad y erudición, por enlazarse en él la historia de la medicina con la historia política, social y literaria, logrando de este modo atraer á la investigación científica á los que sólo se interesan con las anécdotas. Atribúyete especial importancia, por los sólidos, razonados é imparciales artículos y sobre todo por el que dedica á la enfermedad de D.^a Juana la Loca, que es, á su juicio, la mejor monografía profesional sobre el asunto que se ha es-

crito hasta ahora. Después de un juicio tan conciso y justo, prescindir debo de otras alabanzas, así como de hacer la reseña de tan curiosa obra.

El tema escogido hoy, Medicina y Letras, y la influencia que éstas han reportado al cultivo, propagación y conocimiento de la ciencia médica, es de gran trascendencia y utilidad, como nos lo demuestra en los ejemplos que acabáis de oír, figurando en primer lugar en España, el gran médico de reyes Arnaldo de Vilanova, el filósofo Ramón Lull, el doctor valenciano Jaime Roig y otras celebridades de épocas posteriores cuyo detenido catálogo acabáis de escuchar.

Al desarrollar el Sr. Comenge el tema sobre la fraternidad que existe entre la Medicina y la Literatura y después de exponer con gran maestría el gran número de médicos que á ella se han dedicado, consagra una parte á la reseña de las composiciones poéticas que algunos ingenios han dado á luz, celebrando ó deprimiendo á los discípulos de Hipócrates y á la Medicina.

Estos escritos los divide nuestro compañero en tres grandes grupos, que comprenden: 1.º, los que en las *bellas letras* sirven para loar y enaltecer á la ciencia médica y á sus profesores; 2.º, aquellos que, por el contrario, no tienen más objeto que ridiculizar ó zaherir, y en el 3.º, á todos los escritores cuyos trabajos no tuvieron otro fin que deleitar difundiendo conocimientos y descripciones pertinentes á la Medicina.

Como muestra de ingenio en ésta clase de ocios literarios, cita nuestro compañero unos versos satíricos de un médico anónimo en los cuales él mismo retrata sus defectos, caso original que merece un lenitivo, por el desenfado y modestia del que lo escribió y que forma parangón con el de un cliente catalán, que dedicó en hora postrera á su médico la siguiente décima:

«Joseph Verneda 'm digui,
jo que, sense mals ni danys,
passats setantanou anys
robust y trempat visquí.
Un metge (no diré qui)
sols un dia 'm visitá,
un vomitiu m'ordená,
responguí que no 'l volia,
ell va dir que 'm curaría
y 'm vaig morir l'endemá.»

Esta oración póstuma de un desgraciado cliente, corrobora la tesis sentada por nuestro compañero de que la Medicina, no sólo fraterniza con la Literatura, si que también ha creado cierta poesía que podemos denominar jocosa popular, puesto que desciende de esferas menos literarias.

Contraste forma ésta con las demás composiciones de los dos restantes grupos á que se refiere el Sr. Comenge, á cuyo repertorio serio añadido hoy como apéndice el epitafio del médico del Hospital de esta ciudad D. Francisco Colom, que falleció el 22 de Noviembre de 1833 y fué enterrado en el antiguo cementerio, en cuya lápida sepulcral se lee la siguiente octava.

«Lo mucho que en el mundo he figurado,
para el sepulcro nada me ha servido
sino, el bien que constante he prodigado
en ochenta y tres años que he vivido:
once lustros pasé siempre ocupado
en el asilo fiel del desvalido...
Cree, lector, que obrando de esta suerte
verás tranquilo el rostro de la muerte.»

Ejemplo filosófico moral, es este que no debe quedar olvidado, puesto que, no sólo atiende á la composición de una octava real dedicada á la memoria de los años que el buen médico pasó cuidando los pobres enfermos, si que también una prueba del paternal afecto que profesaba al benéfico asilo que estuvo bajo su protección.

Es evidente que la literatura en sus diversas formas nos ha enseñado á todos á comprender los beneficios que la ciencia médica ha reportado á la humanidad, cuya propagación por medio de libros, artículos de revistas y periódicos, comedias y otras formas literarias, ha dado ancho campo para producir una labor fructífera, divulgando estos estudios á las clases populares.

Pero en el grandioso templo de las letras, la historia es la base principal de los estudios de la Medicina, y las investigaciones históricas son las destinadas á nutrir y fertilizar el colosal árbol de la ciencia médica.

La historia, como forma literaria, no siempre será la más amena, pero sí la más útil para reforzar los anales de la Medicina.

Por esto, señores Académicos, es de apreciar en alto grado los sacrificios prestados por los hombres que, dedicados á profesiones diversas, comparten el tiempo en sondear los arcanos del pasado en los fondos de los archivos y bibliotecas, cuyos centros docentes son los verdaderos manantiales en donde el hombre ansioso de saber puede apagar la sed de lo desconocido.

Fiel guardador del rico tesoro que todos conocéis, del Archivo General de la Corona de Aragón, he de congratularme con vosotros del ingreso en nuestra Academia del Dr. D. Luis Comenge y Ferrer, uno de los investigadores más asiduos en aquel Archivo y el que más ha trabajado para esclarecer los orígenes y progresos de la ciencia médica en España.

HE DICHO.